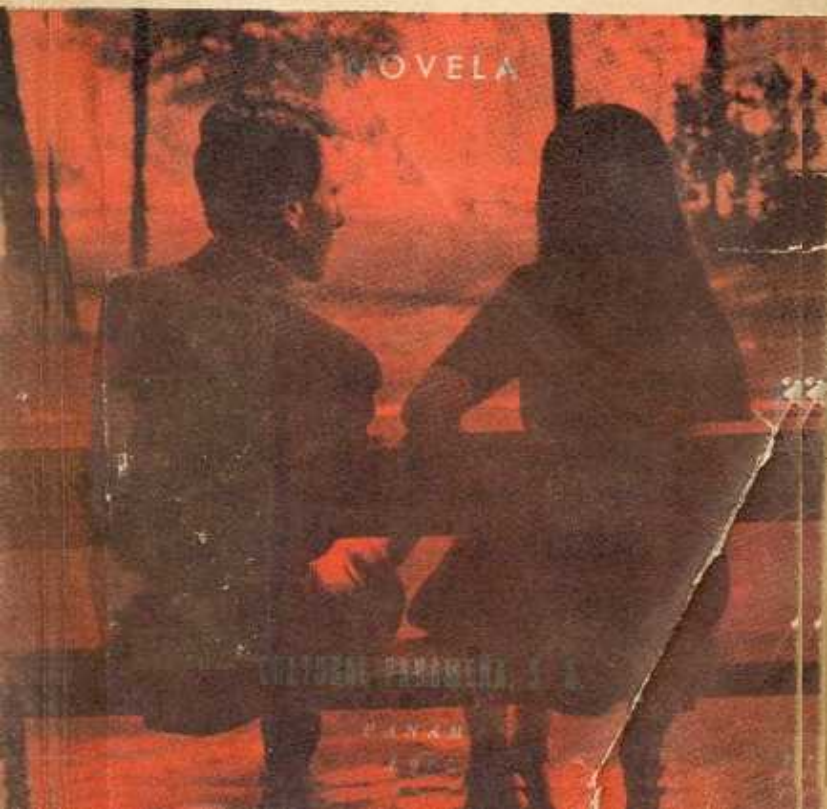


BIBLIOTECA DE AUTORES PANAMEÑOS

JULIO B. SOSA

TU SOLA EN MI VIDA

NOVELA



CULTURA PANAMENSA, S. A.

PRIMERA EDICIÓN

TU SOLA EN MI VIDA

BIBLIOTECA DE AUTORES PANAMEÑOS
JULIO B. SOSA

TU SOLA EN MI VIDA

NOVELA

**PRIMER PREMIO DE PANAMA PARA EL
CONCURSO DE NOVELAS LATINOAMERICANAS DE 1941**

QUINTA EDICION

CULTURAL PANAMEÑA, S. A.

PANAMA
1971

QUINTA EDICION: Julio de 1971

Derechos literarios registrados.

© Cultural Panameña, S. A.

Bajo el último resplandor de las estrellas el mar tranquilo y rumoroso, entonaba con el vaivén de sus olas una canción a la ciudad dormida. En los días de verano, cuando la temperatura era cálida y agradable, las calles abandonaban sus tristezas evocadoras de cosas viejas y perdidas. Los amplios ventanales cubiertos de jazmines y *cundeaniores*, se abrían a la claridad rutilante de la luna, y a la hora en que el sereno daba el toque de queda vagaban los bohemios errabundos y los empedernidos trasnochadores, ofreciendo serenatas. Sin embargo, no eran todas las rejas florecidas las que aceptaban la dulce melodía de una trova; porque en algunas de ellas parecía detenerlo, unas veces el puesto que las dueñas ocupaban en la sociedad y otras, el velo de misterio que las cubría.

Corrían entonces vientos de intranquilidad política. La vida angustiosa que se vivía por las frecuentes asonadas, daba a la ciudad un aspecto grave y desolado. Sólo los domingos cobraba una fisonomía resplandeciente, sobre todo la Plaza, con motivo de las misas celebradas en la Catedral a las cuales asistía lo más selecto de la aristocrática sociedad que conservaba aún la devoción por los linajes coloniales.

La Plaza, situada frente al Cabildo, estaba di-

vidida en dos partes por la Calle de las Monjas. En una de sus aceras se levantaba, elocuente y magnífica, la soberbia Catedral, con sus dos torres adustas que fueron testigos mudos de las glorias castellanas. El polvo de los años, no logró mudarlas de traje: siempre conservaba esas paredes desteñidas por la lluvia y por el sol. Su genio continuaba inalterable, ajeno al dolor del tiempo, al peso duro de la edad; era ese gesto que siempre trató de evitar el mariposeo de la alegría y la sonrisa ante el tráfico mundano de la civilización. Las viejas torres de conchas nacaradas que contemplaban los espectáculos populares de antaño en la Plaza con motivo de las recepciones a los gobernantes; del nacimiento de un heredero a la corona, primero, y después para celebrar la ascensión al poder de un Presidente de Colombia; del matrimonio de una damita de la aristocracia; de las festividades religiosas; parecían guardar inviolables, el perfume de esos actos y mascaradas, en que se mezclaron los claveles con el peinetón andaluz, la clásica mantilla con el reluciente zapatito de charol, la chaqueta nítida y el pollerín floreado con los calzones militares y las charreteras refulgentes de un capitán noble y pundonoroso.

Aunque muchas de las costumbres del tiempo de la colonia fueron olvidadas y los trajes sufrieron transformaciones, y la vida misma de la sociedad se hizo más agitada, la Catedral continuó con su porte señorial de enigmático prestigio que no se destruyó jamás; porque la ola turbulenta de las revoluciones no pudo cambiar la fe glorificante que probó los mejores días de la colonia, y porque su vivir fue un ritmo fino y delicado que engarzó con el brillo de sus torres y la vibración gemidora de sus campanas.

Diagonal a la iglesia, se levantaba el Cabildo, construido de dos plantas, con amplios corredores de arcadas. Era un edificio de cal y canto, en cuya parte baja se aglomeraba el público para gozar de las fiestas que celebraban en la plaza. Raras eran las veces que las procesiones religiosas, los brillantes desfiles militares, o bien la ejecución de reos convictos que se verificaba siempre en horas de la madrugada, dejaban de atraer numerosa concurrencia.

De las tres calles transversales que atravesaban la plaza, sólo una de ellas conservaba en su extremo, junto al mar, una animación perenne. Y era porque en un cruce desde el cual se dominaban a la vez los movimientos que se sucedían en el Cabildo y el ajetreo de los marineros en la playa, existía la tienda de Guerrero, Chico Guerrero, como se le conocía en toda la ciudad, que frecuentaban soldados y civiles, aristócratas y sirvientes, blancos y mulatos. Se llamaba «La Estrella del Istmo» y gozaba de merecido prestigio en muchas leguas a la redonda.

La tienda se abría a las cuatro de la mañana. Guerrero tenía un banco de carne y con su afilado cuchillo y un hacha que blandía incesantemente, despachaba a la tropa de mulatos que acudía a comprar carne para la cocina de sus amos o que llevaban en sus viajes de regreso a los caseríos cercanos.

Una de las primeras en llegar era Sebastiana, vivaracha y pizpireta sirvienta del hogar de los Ocampos, que desde que aparecía en la esquina comenzaba a chillar:

—Dice mi amita que le mande tres libras de pulpa y dos de palomilla, señó Chico.

—A su tiempo, Chanita, a su tiempo — respondía sin inmutarse el carnicero. Porque Chico

era hombre que sabía posesionarse de su papel, como si se tratara de un juez que, con la balanza a la diestra y el cuchillo en ristre, se preparaba a dictar una sentencia.

—¿Y tu ama qué desea? — inquiría a otra cliente que miraba con paciencia la repartición de la res.

—Media libra de lomo de cinta y dos de pecho de pepita. Hoy «tenemos» invitados y a ella le gusta cocinar bien.

—¿Con que «tenemos», Serafina? — preguntaba socarrón el carnicero.

—Da lo mismo, don Chico, y apúrese que no me gusta demorarme.

—Ve con Dios, mujer, y que te haga provecho el agasajo.

Y volvía a oírse el golpe del hacha quebrando huesos, en medio de la barahúnda de sus clientes. De vez en cuando, un chillido daba a entender los rebencazos que algunos daban a la jauría de perros flacos y enfermos que se introducían por debajo del banco, para coger los desperdicios que descuidadamente Chico arrojaba al suelo. A veces interrumpía la faena para mirar de soslayo a alguna devota que aprovechaba las misas de cinco en San Felipe Neri. Pasaba ella sin determinarlo, embozado el rostro en rica mantilla y acompañada de una negrita, hija tal vez del mayordomo de la casa, que le llevaba la almohadilla del reclinatorio.

Sin embargo, Chico Guerrero se cobraba todas esas indiferencias cuando pasaba Gabriela Ocampo. Conocía de lejos su esbelta silueta, y al poco rato buscaba el pretexto de salir del banco, unas veces para mirar el cielo por si descubría señal de lluvia; otras, para espantar los gozquejos que fastidiaban a la clientela. Por supuesto que se

desprendía de delantal y cuchillo para rendirle el más devoto saludo a la gentil dama.

—Muy buenos días, niña Gabriela.

—Buenos os los dé Dios, Chico.

—Hoy le he mandado la *pulpa* más delicada para que se tome un caldito bien jugoso.

—Gracias, Chico, muchas gracias Y no me demore tanto a la muchacha, que buena pieza se trae — decía ella sonriéndole con indulgencia.

El carnicero no atinaba a responder más. Demasiado había hecho con abandonar por unos minutos la tienda, mientras los parroquianos esperaban refunfuñando. El no hacía caso, embebido como estaba en la dicha efímera de unas palabras dulces que no volvía a oír durante el día, y así se quedaba, hasta que ella desaparecía en la esquina diagonal a la plaza de San Francisco.

Guerrero no se decidía entonces a seguirla, porque parecía vagar en alas de la quimera, hasta que lo despertaba de su ensueño el grito destemplado de su mujer, la robusta Rudecinda, que con asombroso tino le arrojaba un pedazo de *bofe* a la cabeza.

—¿Qué haces ahí, grandísimo bribón? ¿Por qué estás plantado en media calle con tu cara de bobo, mientras la gente no tiene quien la despache? Alguna cañilimpieza estás preparando! Ven pronto a terminar con estos pobrecitos antes de que se acabe la carne.

—Ya voy, Chinda, no te sulfures, que la cosa marcha bien — respondía con voz melosa Guerrero.

La ciudad se llenaba de la luz difusa del amanecer, y los faroles de vela de sebo iban apagándose. La carnicería se transformaba entonces en tienda de comestibles, en donde se expendía al público, desde los *bollos de coco* y de *chicharrón*

hasta los *bienmesabe* y *manjar blanco*. Porque «La Estrella del Istmo» parecía una exposición de productos interioranos. Los campesinos que venían a la ciudad, ya en frágiles *caracaballos* o en famélicas bestias, llevaban sus productos a la tienda del popular Chico. Allí tenían la ventaja del crédito y la facilidad del intercambio.

Rudecinda era la encargada de las cuentas, lo que resultaba un negocio pingüe para los haberes de la casa. En un cuaderno grasoso y estrujado, llevaba una contabilidad peculiar. Los deudores no comprendían por qué Chinda despachaba las cosas de manera tan rara:

—Aquí tienes, Ceferino, tu cuenta: Medio de pan y de pan medio, es un rial. Un peso de *rapadura* y de *rapadura* un peso, son dos peso. Tu sobrina Eufrasia llevó enenantes dos riales de *carbón de mangle* y de *carbón de mangle* dos riales, son cuatro riales. Total, dieciséis riales y medio. Y llévate de ñapa esta hoja de tabaco Bubi y un pañuelo colorao pa que tu mujer venga el domingo a misa.

Pero las horas felices de Chico y Rudecinda eran las de la noche, porque la tienda se volvía entonces una especie de club nocturno, donde se bebía y se jugaba en un ambiente caldeado de humo y de licor. Allí se reunían el soldado y el oficial; el amo y el sirviente; el profesional y el obrero; el aristócrata y el campesino, a comentar entre tragos de anisete y jugadas de *malín* las intrigas políticas, los azares de la revolución, los temas científicos o literarios, la vida de la sociedad tan llena de amarguras y de tragedias. Los dueños se multiplicaban para atender a todos, y era de ver la satisfacción pintada en sus rostros, cuando un austero magistrado que perdía su seriedad en la tienda de Chico, les decía

una palabra amable. Para algo les servía al astucia y la simpatía que emanaba de sus corazones afines.

«La Estrella del Istmo» era la gaceta popular de la sociedad. Allí se hilvanaban las más oscuras historietas y salían a la luz las más misteriosas aventuras.

Una noche, en momentos en que más amena estaba la tertulia, porque los dueños habían aprovechado la llegada de tres campesinos pacoreños para brindar música criolla con una guitarra, un violín y un tambor, se presentaron de improviso dos apuestos militares. Profundo conocedor de la jerarquía, porque él había servido en el Ejército Libertador como simple voluntario, Chico comprendió inmediatamente que se trataba de dos oficiales de alto rango.

«Ese general no es de aquí», pensó al minuto.

Y cuadrándose con gesto de comicidad desconcertante, los saludó, invitándolos a entrar. Rudecinda, que observaba la maniobra, no demoró en preparar una mesa a los recién llegados. El salón ofrecía ahora un aspecto distinto. El mostrador que servía para despachar las mercancías, había sido arrinconado y daba mayor espacio al local. Varias mesas y sillas de diferentes estilos, algunos cuadros pintorescos clavados con tachuelas en la pared y dos lámparas de aceite, completaban el arreglo.

Era medianoche y los clientes llegaban sin cesar. Los personajes formaban una mezcolanza de vestuarios, entre los que se distinguían uniformes de soldados y trajes aristocráticos, vestidos de marineros y *chingos* de los campesinos. A todos los unía el licor y el juego. Los oficiales escogieron una mesa en un rincón, junto a la ocupada por dos negros aguateros que consumían los últimos

reales que obtuvieron vendiendo agua por barriles en toda la ciudad, y pidieron una botella de ginebra y un juego de cartas.

Los músicos iniciaron una *cumbia* y la alegría volvió a encenderse. Había llegado un grupo de muchachas que se dirigieron a ese sitio para pasar la noche, mientras llegaba el momento de regresar a su pueblo, cuando apuntara la aurora y el centinela abriera la Puerta de Tierra. Las parejas invadieron el recinto y los músicos se entusiasmaron más que si les hubiesen doblado la ración de seco. En aquel sitio de locura parecía ofrecerse la pasión y la lujuria entre la abigarrada muchedumbre. Cuando la música callaba, surgían el rumor de las discusiones, el choque de las copas, las imprecaciones de los borrachos, las carcajadas de Rudecinda. Las mujeres no parecían darse cuenta del erotismo que surgía como un brutal instinto. Ni gozaban ni se entristecían. Querían olvidar las horas de espera, en medio del roce ardiente a que obligaba la poca capacidad del sitio.

De pronto apareció en el umbral de la puerta un nuevo personaje, como si hubiese sido envuelto por su sombra, porque Chico Guerrero, desde el lugar estratégico que ocupaba tenía la seguridad de ver el panorama que le rodeaba, para servir posiblemente de cómplice a sus clientes. Fueron muchas las veces que los soldados escaparon de sus superiores; que los contrabandistas burlaron la acción de la policía; y aun los maridos que se salvaron de los celos de sus esposas, para refugiarse en los reservados que guardaba Chico en el patio, y en los que se tejieron muchas aventuras de amor y citas clandestinas.

—¡Daniel Montenegro! — dijo una voz en medio del silencio repentino que envolvió la tertulia.

El aludido se volvió serenamente hacia el sitio

de donde partió su nombre y saludó con benevolencia. Rudecinda se acercó zalamera y le brindó un asiento que él ocupó cerca de los militares. Estos miraron sin interés al recién llegado, y continuaron su partida de tuté.

Daniel pidió café tinto y como estaba solo, tuvo oportunidad de oír la charla de los vecinos.

—Ahora tiene por delante una bella perspectiva — murmuró uno de ellos con sonrisa malévola.

—No puede desear nada más, si ya tiene el puesto más alto a que puede aspirar un militar en el istmo — respondió el otro.

—¿Pero de qué sirve que sea el Jefe Militar si existe un Jefe Civil? Para satisfacer su ambición tiene que adueñarse de este poder.

—¿Ud. cree, mi General? No conoce aún el pueblo istmeño. Después de la dictadura de Espinar, y en la forma como procedió el Coronel Alzuru, no se imagine que las cosas son como Ud. las quiera acomodar. Además...

—No tiene necesidad de seguir creando obstáculos, Gonzalo — interrumpió el aludido —. Por eso no hemos logrado salir del anonimato.

—¿No ha adquirido Ud. experiencia de los sucesos de Ecuador? — preguntó con desaliento el llamado Gonzalo.

—Bien sabe Ud. que hubo traición de unos y cobardía de otros.

—Exacto, ¿y no puede suceder aquí lo mismo? ¿Quién confía en la pasividad del Prefecto Pedro Jiménez?

—Pero, ¿qué tenemos que ver con el Prefecto? — exclamó impetuoso el General, sin cuidarse de los parroquianos que le rodeaban.

—Si no fuera por él, Alzuru no tendría la Jefatura del Ejército.

—No nos entendemos, Hinestroza — respondió con impaciencia el militar —. ¡Ud, se imagina que soy aquel que organiza un golpe y si fracasa se va de esta tierra y deja a los soldados que se bañan en el pantano!

—No puedo pensar eso, porque, en primer lugar, aquí faltan soldados.

—Lo que yo creo es que faltan corazones, mi teniente.

Gonzalo hizo un gesto de asombro, y conservando su peculiar aplomo dijo:

—Ud. está equivocado, General. Bien sabe que siempre lo he seguido, aunque el camino esté erizado de peligros, pero usted está recién llegado del Ecuador y no conoce la situación política del país.

—Perdóneme, Hinestroza, pero no he querido ofenderlo. Ud. tiene mucha razón en sus apreciaciones, y créame que mis palabras muchas veces son fruto de mis desencantos y mis aprensiones. Sin embargo, cuando encuentro hombres de su talla, me siento con fuerzas para emprender nuevamente la conquista de lo que considero los ideales perfectos.

—¿Se ha visto ya con el Coronel Alzuru?

—Aún no. Mañana pienso ir a saludarlo.

—Pues él le informará mejor que yo. A los istmeños les gusta vivir en paz, pero una revolución son capaces de ahogarla en sangre si ello es necesario para conservar la tranquilidad del país. Los métodos pacíficos en esta tierra deben ser el camino para conseguir muchas cosas.

—¿Entendiéndose con José Vallarino y los suyos, por ejemplo?

—Creo que no. Ellos se han hecho dueños de la opinión pública, del clero, de la gente del arrabal.

—¡Ya hubiese sido yo Alzuru para que me vi-
niesen con imposiciones! — exclamó iracundo el
General.

—Baje la voz General, que estamos rodeados
de civiles. El Ejército aquí no es árbitro, como
Ud. lo piensa.

—¿Y quién protege entonces a esta casta?

—El gobierno de Bogotá.

Daniel Montenegro estaba asombrado. De vez
en cuando lanzaba una mirada de reojo a los mili-
tares y volvía a servirse café. Ante él comenzaba
a descubrirse una trama formidable para imponer
nuevamente la dictadura en su Patria. El espíritu
de la ambición empujaba a una caterva de extran-
jeros perniciosos a sentar reales sobre una tierra
hospitalaria y sin quererlo, él era testigo oportuno
que tenía en sus manos el hilo de la conspiración.
Los militares siguieron hablando sobre sus planes
hasta que uno de ellos hizo un gesto de partida
y se levantaron. Después de cubrir el valor de las
bebidas, se despidieron de los dueños.

Daniel se acercó entonces a Rudecinda, a quien
consideraba una mujer leal, y le inquirió con di-
simulo:

—Rude, ¿quién es ese hombre de las charre-
teras que estaba en aquel rincón?

—¿El que tiene patillas oscuras?

—El mismo.

—Ese es — respondió ella como un soplo —, el
general Luis Urdaneta. Llegó anoche del Ecuador.

La mayor parte de los parroquianos se habían
ido. Los músicos habían guardado sus instrumen-
tos, y algunos ebrios dormían sobre los bancos,
mientras otros seguían con interés partidas de
malín y de tute.

Daniel se despidió de Rudecinda y de Chico,
y poniéndose el sombrero de copa, salió por la

puerta principal y se perdió en la noche. Había llegado de su hacienda en las horas de la tarde y comprendió que necesitaba un alojamiento. Se acordó entonces de la casa de los Delvalles, parientes lejanos que lo querían como un hijo, y en donde siempre tenía dispuesto un cuarto, y para no ser reconocido por los serenos, se embozó en su capa y tomó las veredas más oscuras. La casa quedaba en la Calle del Taller, no lejos de la tienda de Chico. Daniel cruzó por el patio, empujó la puerta que sólo estaba asegurada por una piedra y entró.

En uno de los cuartos había luz. El se acercó temeroso de una sorpresa y llamó quedamente:

—¡Alicia, soy yo!

A su voz corrió la muchacha hasta la estancia semioscura y lo abrazó con hondo cariño.

—Daniel, ¿por qué vienes tan de madrugada?

El inventó cualquiera mentira y a la vez le inquirió como a una hermana:

—Y tú, ¿a dónde vas tan linda y tan togada?

—Ya sabes que nunca faltó a la misa del padre Gracián.

—¿Y tío Arturo? ¿Y la tía Mariquita?

—Dormidos como unos benditos. Voy a llamarlos.

—No. Déjalos. Lo que quiero es una cama.

—Ella siempre te espera — respondió Alicia sonriéndole. Y le indicó la puerta, en el fondo del corredor.

Daniel entonces le tomó el rostro con sus manos frías y le hizo una advertencia:

—No digas a nadie que he llegado.

Ella se empinó para besarle en la frente.

—¡Loco! ¿Ya vienes otra vez con esas ideas revolucionarias que tanto nos hacen sufrir? ¿Cuándo entrarás en juicio?

Alicia Delvalle tenía dieciocho años, y aunque no era una mujer bonita, su rostro atrayente, sus ojos verdes, de un verde claro que no parecía definir nada, sus largas pestañas, su piel morena, satinada por el caliente sol de los trópicos, le daban un encanto subyugador.

En la casa en donde vivía con su padre, don Arturo y su tía Mariquita, hermana de aquél, que la crió cuando su madre la dejó de tres años, dejaba correr la vida escondiendo una quimera que a ratos pugnaba por asomarse a sus ojos, delatándola. Era la casa de anchos aleros que cubrían el portal de rústicas baldosas. Desde los amplios ventanales por donde penetraban las astromelias, se veía el mar, en lontananza, y la brisa traía a veces el perfume de los jazmines y magnolias que ella cultivaba con singular cariño en el patio de atrás. Muchas casas de la ciudad tenían pozos de brocal, pero el agua del que poseían los Delvalles tenía fama por ser la más delgada. Y las vecinas solicitaban diariamente el favor de ir a sacarla, porque Alicia tenía el corazón abierto a todos sin pensar en la gratitud.

Arturo Delvalle había llegado a la ciudad hacía más de treinta años, procedente de un pueblo medido en las montañas de Chiriquí, del cual no recordaba su nombre porque hubiera sido doloroso tener que asociarlo al de su madre que murió tísica de tanto lavar, y de su padre que no conoció nunca porque ella no quiso revelarle el nombre para que no llegara a odiarlo.

Cuando llegó a la ciudad, sólo sabía leer y escribir, pero como era audaz de espíritu instaló una escuela a donde acudió desde un principio una veintena de niños pertenecientes a la clase aristocrática, que era la única que podía costearse el lujo de una educación por rudimentaria que ella fuese. Los hogares en donde fructificaban las ideas santanderinas, encontraron una oportunidad que para Delvalle fue propicia, porque en aquel entonces la instrucción era impartida por los religiosos.

El local donde el nuevo maestro daba las clases era amplio y aireado. En el fondo había un patio adornado con botellas y en las horas de recreo, los niños se desvivían por caminar sobre ellas sin perder el equilibrio.

Una chiquilla de nueve años, sin embargo, no gustaba de los juegos infantiles. Prefería que el maestro le contara cuentos de hadas, en los que una bruja quiso destruir el romance de amor que tejieron un príncipe azul y la hija del rey.

Seis años pasaron y ese cariño inviolable que se formó sin que los corazones llegaran a evitarlo, se fue transformando en amor. Cuando el padre de Rebeca —que así se llamaba ella— quiso enviarla a un colegio de Santa Fe de Bogotá, al lado de unas tías, ella le confesó la triste verdad. El entonces, iracundo, la internó en un colegio de novicias de la ciudad, y los amigos retiraron todos sus hijos, haciendo que el pobre maestro cerrara la escuela. Afortunadamente, Delvalle había adquirido ciertos conocimientos de contabilidad, y como además tenía una letra muy clara, obtuvo una plaza en el establecimiento comercial de don Antonio Escobar, prometido oficial de la señorita Ramona Urriola, considerada en aquel tiempo como la mujer más bella de Panamá.

Sin embargo, ni Arturo ni Rebeca olvidaron sus sueños de amor y sus ilusiones. Cuando ella cumplió los tres años de noviciado y se vio libre, se escapó de la casa paterna y a escondidas se casó con el humilde ex-maestro de escuela, desafiando el odio de su familia y el anatema de la sociedad.

La ciudad entera se estremeció de asombro ante el hecho inaudito, y los aristócratas no la perdonaron jamás. Los padres la desheredaron y cuando murieron, los bienes pasaron a poder de la iglesia.

Cinco años después, Rebeca murió dejando su única hija, Alicia; entonces Arturo llamó a su hermana Mariquita, quien vivía en un pueblo interiorano, sin obligaciones que atender. Y así, ella sirvió de madre a la chiquilla, que dio al caserón triste y desolado, la alegría de un rayo de sol. A los ocho años, ya sabía rezar y se aplicaba a dirigir la casa con singular tino. Su padre llegaba cansado del trabajo y ella le contaba entonces historietas de duendes y tuliviejas, que la tía Mariquita le enseñaba. Al viejo se le llenaban los ojos de lágrimas porque él también supo contar historias inverosímiles, una vez que creía en el amor y pensaba que el infortunio no podía ajar sus esperanzas. Fue entonces cuando entró en su hogar Daniel Montenegro.

Hijo de un primo segundo de Rebeca, vivía en una hacienda cercana a Bique, alejado de la vida turbulenta de la ciudad. Cuando ocurrió la aventura de ella, el primo no fue suficientemente cruel para condenarla. Por eso viéndose cercano a su muerte, y temiendo que Daniel quedase sin apoyo, a pesar de su riqueza, escribió una carta a Arturo como pariente, encomendándole al niño.

Los muchachos crecieron juntos. Daniel era mayor cuatro años y desde un principio se cons-

tituyó en su defensor. Pero vinieron otras épocas y él marchó a Bogotá, a seguir la carrera de leyes. Delvalle manejaba los intereses de aquél con acrisolada honradez, y jamás pensó distraer un solo centavo de la cuantiosa fortuna para mejorar su vida, no por él, que descendía ya por los eriales de la vejez, sino por Alicia que crecía sin amparo, ajena a una mano leal que le brindara sostén y a un corazón que llegara a comprenderla hasta lo ilímite.

Daniel no pudo permanecer muchos años en la lejana capital. Disgustado con la severa disciplina del colegio, golpeó una vez a un profesor y fue expulsado.

Emprendió entonces el regreso al Istmo y un día se presentó ante don Arturo con estas sencillas palabras:

—Tío, yo no sirvo para meter pleitos.

Daniel encontró la ciudad bastante transformada. En el lapso que duró su ausencia, había crecido, remozándose como una chicuela coqueta. Había más energía en sus calles, a pesar de que se vivía en una eterna aprensión por las frecuentes asonadas.

El servicio de cabotaje que las naves hacían con los puertos del interior, daba a la bahía un aspecto jubiloso y pintoresco. En los primeros días, Daniel se acostumbró a una existencia entre los marineros y campesinos que comerciaban con los tenderos de la ciudad. Así conoció a Chico Guerrero, y fue él quien más tarde le condujo en peregrinación de curiosidad, que con el tiempo debía de serle muy valiosa, por los barrios arrabaleros de Boyaín, Cantarrana y el naciente de Santa Ana, afuera de las murallas, que estaba formado por casuchas miserables apiñadas en torno a la iglesia.

La sociedad era austera y tradicionalista. Pero el frecuente tránsito a través del Istmo traía su natural rosario de lacras que se distinguían por los crímenes misteriosos, las rivalidades entre el elemento maleante del extranjero y aun las prostitutas que gastaban su vida en la trágica mueca de una risa o de un canto lleno de quejumbroso acento.

Daniel había olvidado hasta los nombres de las calles. Chico tenía que enseñarle a veces tantas cosa, que en su natural ignorancia se veía aturdido e incapaz de responder satisfactoriamente.

—Esta es la casa del Prefecto. La gente dice que pronto lo van a botar porque el Gobierno no está de acuerdo con él. Esta otra casa es la del Dr. Blas Arosemena. Véalo allí conversando con don Agustín Tallaferro. ¿Lo conoce?

Daniel hacía un gesto de indiferencia porque apenas recordaba los nombres de aquellos que fueron amigos de su padre. Más le interesaba el aspecto de la ciudad que el de las personas que Chico, inútilmente, trataba de hacer resaltar por sus méritos.

—Mire allí enfrente con disimulo, que ahorita mismo no lo están observando. Aquél es el señor Ocampo y su hija. Seguramente estaban visitando a la niña Ramoncita porque son muy amigos de los Urriolas.

Esta vez Daniel no pudo disimular la curiosidad imprevista y volvió los ojos hacia el lugar indicado, en el preciso momento en que la muchacha lo contemplaba con un gesto raro, la niña mimada que se asombrara de ver por primera vez un nuevo personaje en la ciudad.

Poco después se acercó un coche y ella ayudó a su padre a subir. Los caballos, briosos, arrancaron calle abajo, saltando sobre las piedras y

charcos de agua. Cuando pasó junto a Daniel y a Chico, aquél miró hacia el interior con audacia y vio tan bella y tan sugestiva a la dama, con ese traje de organza celeste y ese peinado que lucía su cabellera negra y abundante, que no pudo evitar una sonrisa y le preguntó al tendero:

—Chico, ¿cómo se llama la hija de Ocampo?

—No me haga Ud. reír, don Daniel. Viene ahora a hacerse el inocente.

—Te juro, Chico, que no recuerdo su nombre. ¡Han pasado tantos años!

—¿Está seguro? Ella es la niña Gabriela, una de las más lindas y más buenas mujeres que hay en Panamá.

—Por supuesto que no le faltará novio.

—¿Novio? ¡Ni lo piensa! Un tenientecito está loco por ella.

—Y...

—¡Pero ella no le hace caso!

—Estás muy enterado de su vida, Chico — le dijo Daniel dándole una palmada cariñosa en la espalda.

—Todo el mundo ve las cosas, don Daniel. No precisa ser adivino ni entremetido.

—Entonces no hay por qué envidiar la suerte del teniente ese de que me hablas.

* * *

Sin darse cuenta, habían llegado a la plazuela de Arsenal. Ya la tarde había caído y el mar comenzaba a tornarse gris oscuro. Decidieron entonces continuar el paseo al día siguiente.

Cuando regresaron, Chico se metió en su tienda y él volvió a casa, en donde Alicia lo esperaba con un refresco de granadilla.

En las noches, sentados en el portal, ella, don

Arturo y la tía Mariquita, contaba sus aventuras de colegio hasta que al viejo se le cerraban los ojos y la tía Mariquita comenzaba entonces a rezar el rosario.

Algunas veces llegaba don Manuel María de Ayala y se enfrascaba con don Arturo en interminables charlas políticas. Y aunque a Daniel jamás le había atraído ese tema, poco a poco fue conociendo las intrigas y traiciones que se tejían al amparo de la pasividad istmeña.

Su alma, genuinamente rebelde, se desesperaba ante la inutilidad de regenerar a los gobiernos, y Alicia tenía que calmarlo con dulces palabras que poseían el sortilegio de vencerlo.

—Algún día contaré yo con suficiente poder para destruir las dictaduras e imponer el cumplimiento de las leyes y afianzar las libertades individuales — decía a menudo.

Y fue aferrándose tanto a esa idea que él mismo se creó un pedestal de héroe, dispuesto a mantenerla firme para cumplir sus promesas cuando fuere necesario.

Pero la vida de la ciudad pronto lo cansó. En una de las pocas veces que asistió a reuniones sociales, conoció a Gabriela Ocampo. La ocasión no era propicia para acercarse todo lo que él deseaba, y cegado por uno de sus arranques, regresó a la casa con una firme determinación:

—Me voy mañana para la hacienda. He tenido hasta ahora muy abandonados mis campos.

El angosto y fangoso río Bique bordeaba los terrenos de Montenegro, la mayor parte de los cuales permanecía virgen. Daniel encontró la casa en ruinas, las cercas destrozadas, el ganado en estado salvaje, y la servidumbre avivando eternas rencillas.

El primer día, desde lo alto de una de las co-

linas que dominaban el valle, y que tenía, como formidable muralla, el imponente cerro Cabra, cerró un momento los ojos como acostumbraba hacerlo antes de tomar una decisión vital.

Se imaginó surgir de entre los escombros de la casa paterna, un edificio de cal y canto, con amplios ventanales y techo de rojizas tejas, que fuera hogar y refugio, cofre confidente de todas sus esperanzas y todos sus esfuerzos. Sobre esa misma colina se levantaría la casa; más allá arreglaría el corral, para que en las mañanas frías del verano vinieran las vacas en busca de sus terneros. Sembraría extensos pastos, cubriría los montes de arroz, de maíz, de verduras, de caña. Instalaría un trapiche, elaboraría guarapo, miel, azúcar. Llevaría una vida solitaria, libre como la naturaleza que lo rodeaba.

Poco tiempo después, la hacienda parecía una colmena. Daniel lo hacía todo: acarreaba materiales, construía, sembraba, limpiaba los matorrales que antes amenazaban invadir los pastos, y en las noches, tenía aún ánimo para instruir a los sirvientes y hacerlos hombres de bien.

A la ciudad bajaba en muy contadas ocasiones. Se hospedaba, como siempre, en casa de los Delvalles, pero siempre tenía un pretexto, como si fuera un chiquillo que fuese a cometer una travesura y no quisiera que lo sorprendiesen, de pasar por la casa de Gabriela Ocampo, a la hora en que ella salía al portal. Para su espíritu apegado a la agresividad de los campos, al silencio de los valles, a la soledad de las montañas, una sonrisa de ella significaba una promesa.

Por eso, cuando regresaba nuevamente a su hacienda, se sentía grande y miraba con orgullo toda la obra que él había hecho gracias a su energía y a su tenacidad.

En las cercanías se hallaban las haciendas de don Carlos Icaza y don Luis Lasso de la Vega, con cuyas familias mantenía buenas relaciones. En las épocas del invierno organizaban partidas de caza por los cerros cercanos al Cabra, y aun invadían sus laderas habitadas por pumas y jaguares. A veces se practicaba la costumbre de merendar en los patios y durante las sobremesas, Daniel tenía la oportunidad de obtener conocimientos acerca de la vida política del país y sus consecuencias futuras.

Con el advenimiento al poder de Alzuru, las visitas a la ciudad se hicieron menos frecuentes. Pero después de haber obtenido los hilos de la conspiración fraguada por Urdaneta en «La Estrella del Istmo», Daniel comenzó a comprender que debía volver a sus antiguos viajes con más frecuencia que antes.

Alicia siguió con la costumbre de sentarse en el portal todas las tardes. A ratos le venía el perfume delicado de las magnolias y sentía una tristeza infinita al recordar su soledad. La imagen de Daniel, quien la quería como hermana y a quien ella quería como novio, flotaba con la ternura de una ilusión que se teme acariciar porque se destruye como pompa de jabón. Tres días antes habían comenzado las fiestas del Corazón de María, y no dejaba de asistir a la misa de cinco en San Francisco, que el padre Gracián decía. Una madrugada, lista para salir, envuelta en la mantilla que él le había regalado cuando regresó de Santa Fe, sintió un ruido extraño en la puerta que daba al patio, y como sabía que sólo raras personas conocían esa entrada, sospechó en seguida que era Daniel.

Y cuando estuvo en sus brazos y notó cierta inquietud en él, pensó con tristeza, que su llegada

estaba dirigida hacia otros designios. Salió entonces a la calle solitaria, alumbrada por los faroles de luz tenue, para ocultar una lágrima que corría por sus mejillas.

* * *

La lluvia que estuvo cayendo toda la noche limpió las calles empedradas y salpicó las paredes blancas de las casas de adobe. No obstante el mal tiempo, desde tempranas horas aguardaba, frente al ancho portón del Arsenal, un grupo de civiles y militares al Coronel Juan Eligio Alzuru.

Los centinelas se paseaban con el rifle al hombro como si se tratara de una situación alarmante en el país. Pero hacía pocos meses que el Gobierno de Espinar había caído, y soplaban malos vientos que auguraban la desaprobación de los hechos consumados, por el Gobierno Central de Bogotá.

Sin embargo, durante el primer período de su administración, Alzuru mantuvo una actitud respetuosa y honrada. En el mes de mayo de 1831, lanzó una proclama concebida en los siguientes términos:

«¡Soldados! Como ciudadanos aunados en defensa de la nación, vuestro primer deber es el sostenimiento de las libertades patrias garantizadas por la Constitución. No permitáis que Colombia sea aherrojada por segunda vez con los grillos que supo despedazar con denuedo. ¡Ciudadanos y militares! Si la suerte me deparó la gloria de salvar de las garras de la ambición al mejor país de América, debéis contar con mi espada para afirmar los derechos sagrados que reconquistasteis. Sea, pues, vuestra divisa “¡concordia, libertad, constitución y e integridad nacional!”»

Un suceso inoportuno vino a turbar la paz del

Istmo. A raíz de haber fracasado en Ecuador un golpe para derrocar al Presidente Flórez, los cabecillas, en su mayor parte venezolanos, fueron desterrados del país, y encabezados por el General Luis Urdaneta, buscaron refugio en Panamá.

Al llegar a ésta, encontró Urdaneta ejerciendo el mando al Coronel Alzuru, como resultado del golpe del 21 de marzo de 1831, que despojó de él al General Espinar, golpe tras del cual se había dedicado el propio Alzuru a la tarea muy laudable de volver al país al carril de la legalidad. El sosiego renació en los espíritus conturbados por los excesos de la pasada administración, y la calma asentó gradualmente su imperio.

Varios actos tendentes a restablecer en el territorio las garantías para todos los ciudadanos y el orden en la administración, hicieron que presto se viera al mandatario rodeado de la confianza y de las simpatías populares. Los principales personajes políticos del Istmo, muchos de los cuales lo habían empujado con su actitud a derrocar a Espinar, se prestaron a colaborar en el Gobierno con su acción y sus consejos.

Iniciado bajo presagios tan halagüeños, el nuevo Gobierno parecía destinado a conservar por mucho tiempo el beneplácito de la ciudadanía istmeña. Pero la llegada de no menos de cuarenta jefes y oficiales expulsados del Ecuador que venían a acogerse al amparo de Alzuru, su coterráneo de armas, marcó el término a la actitud correcta del Comandante General.

Urdaneta, después de la conversación que sostuvo con Hinestroza en «La Estrella del Istmo», se dio cuenta en seguida de la oportunidad que tenía de obtener un alto puesto en el Gobierno. A pesar de la mala noche, madrugó más de lo ordinario y fue de los primeros en llegar al fuerte.

Era apuesto y elegante el General con su vestido de corte preciso que le daba una prestancia sugestiva. Ya en su frente joven brillaban los laureles de su campaña por la causa emancipadora en la cual había tomado parte, en el levantamiento de Huachi, que mantuvo libre a Guayaquil hasta la llegada del General Sucre y de las fuerzas colombianas que concurrieron a la victoria de Pichincha. Durante la guerra entre Perú y Colombia, le tocó dirigir el combate de Saraguro que preparó la derrota de las armas peruanas en el Portete de Tarquí. En esta acción se distinguió Alzuru, oficial de Numancia primero, y luego del famoso batallón Yaguachi.

Urdaneta no esperó hacer turno y entró en el vestíbulo. Allí estaba su antiguo compañero de armas, el Capitán de Ingenieros Francisco Araujo, quien lo tomó por el brazo y llevándolo de prisa hacia la escalera, le dijo:

—El Coronel te espera. Hace pocos minutos que llegó.

Urdaneta entró inmediatamente a la estancia que servía de despacho al Jefe Militar. En un rincón estaba su mesa, llena de papeles en desorden. Allí trabajaba él incansablemente, porque era un hombre que estudiaba las menores ordenanzas y los detalles más minuciosos de los asuntos nacionales. Cuando vio a Urdaneta, se separó de la mesa y salió a su encuentro.

—¡Cómo deseaba verlo, mi General! — le dijo tendiéndole la mano.

—Los deseos eran míos, mi querido Coronel. Pero el viaje, las ocupaciones, en fin, una serie de cosas que a cada instante surgen, lo aprisionan a uno más de lo que deseara.

Araujo se había retirado al llegar a la puerta, y los militares quedaron solos. Urdaneta tomó

asiento frente a Alzuru. Este, con sus aquilinos ojos, el rostro largo y pálido, el cabello recortado, con una rara inquietud que en vano trataba de disimular. El General miraba a su amigo y lo vio vencido. Se acomodó en la silla, y en su boca, se dibujó una mueca de señorial grandeza.

Alzuru se dio cuenta de los motivos que rodeaban visita tan extemporánea, pero como en su alma se albergaban sentimientos eminentemente patrióticos, se asía a una leve esperanza de mantener incólumes sus ideales, por los cuales luchó y triunfó contra José Domingo Espinar.

—Bueno, General —le dijo con voz tranquila—, y ¿qué le trae por aquí?

—Ud. debe suponerlo, mi Coronel. He fracasado una vez más en mi eterna lucha contra la tiranía y vengo a refugiarme en este suelo en donde se respira y en donde el Ejército es árbitro y a la vez defensor de los derechos ciudadanos.

—Sea Ud. bienvenido a este Istmo hospitalario, General, y créame, que bajo mi espada hallará Ud. tranquilidad para su espíritu y confianza para su porvenir. Asimismo, hablaré mañana con el Prefecto para que le dispense todas las atenciones que merece por su jerarquía y le dé todas las garantías que ordena la Constitución.

—Quiere decir, Coronel Alzuru —respondió Urdaneta lentamente—, ¿que Ud. no es el máximo Jefe del Istmo? ¿Qué papel desempeña luego el Ejército?

—Ud. ignora que aquí existe la separación de los poderes, General.

—Así, pues, ¿por qué luchó Ud. contra Espinar? ¿Qué beneficio ha logrado al destruir una tiranía que estrangulaba al pueblo istmeño? ¿Hacia dónde marcha Ud. si se encuentra atado por su idealismo?

Un silencio siguió a estas palabras cargadas de violencia. Alzuru respondió con tranquilidad estudiada, porque se había dado cuenta de que tenía frente a él a un hombre hábil y convincente.

—Yo no ambicionaba nada, General, para mí ni para los míos. El pueblo vino ciegamente y confió a mi espada su salvación. Era una sola voluntad la que me seguía, la voluntad de un país noble y unido. ¿Qué podía responder yo a su imploración? ¿Qué podía hacer después para que se creyera en mis sanos propósitos y en mi lealtad de soldado a su servicio?

—Había surgido el caos, Coronel, y era preciso una mano de hierro para contener las pasiones y evitar las venganzas. Aún en las repúblicas más democráticas, se necesita muchas veces de una mano como ésa para no perder los frutos de la victoria.

Alzuru se levantó de su asiento.

—Ud. no tiene razón — respondió —. Yo sólo anhele la paz y la felicidad para el Istmo, y si se necesita que yo me retire de la vida militar para que ellas reinen, yo lo haré sinceramente, aunque sepa que ello me causa un gran dolor, porque es la carrera que siempre he amado sobre todas las cosas.

—No es necesario que ello suceda, porque Ud. sabe, tan bien como yo, que la fuerza de las armas es la única garantía de los gobiernos. Por eso yo creo que el nombramiento de un Jefe Civil, fue un paso desacertado que pone en peligro la seguridad de las instituciones republicanas.

—Por lo menos, en ese instante, había que calmar la desconfianza del pueblo.

Urdaneta también se levantó.

—Me asustan sus términos liberales, Coronel. Yo conozco, tan bien como Ud. esas palabras, y

créame que siento horror, verdadero horror por ellas. Precisamente en Ecuador, Flórez mantiene una dictadura y sin embargo su gobierno es civilista, sostenido por la traición, el engaño, el crimen. Yo conozco tan bien como Ud. esas palabras, mi querido Coronel, y le aconsejo que no crea en ellas, porque han sido desprestigiadas por esta América que amamos tanto y por la cual hemos derramado tanta sangre hermana.

—Tiene Ud. razón.

—No tiene necesidad de decírmelo, Coronel. Se lo repito porque sé que Ud. está contagiado del idealismo fatal de los istmeños. Es el idealismo rayano en fanatismo puro, que los hace estar encerrados en una concha atávica de la cual no quieren salir porque les hiere el sol de la civilización, la centella del progreso doctrinal.

Alzuru escuchaba a Urdaneta con los ojos clavados en el suelo. Al cabo, preguntó:

—¿Y los ideales de Bolívar? ¿Espera Ud. que se hundan en el caos como se hundió su vida?

—Los ideales estaban asentados en dos términos: paz y felicidad.

—¿Lo hemos, por ventura, conseguido?

—Aún no, porque no existen. ¿Ha tenido Ud. paz, siquiera en su corazón? ¿Ha disfrutado más de goces que de amarguras?

—Hablo en términos relativos, General. Por ejemplo, este país, goza ahora de bastante tranquilidad. Quizá algún día pueda perfeccionarse, y a nosotros, aunque no lleguemos a verlo, nos quedará ahora la satisfacción de pensar que hemos cumplido todos con nuestro deber.

—Me hace recordar Ud. a Bolívar, mi querido Coronel, con aquella frase triste y significativa: «He arado en el mar». Lástima que Ud. no tenga esos arranques que a él lo hicieron inmortal.

—Porque el país estaba entonces en una anarquía peligrosa — respondió al instante Alzuru.

—¿Y cree Ud. que el Istmo marcha ahora dentro de la normalidad, de la tranquilidad relativa, como Ud. dijo?

—No veo razón alguna por la que se deba desconfiar de ello.

—Está Ud. equivocado, Coronel — exclamó Urdaneta.

Alzuru comenzó a pasearse, algo nervioso ante la actitud fría, calculadora del General.

—¿Quién desempeña el cargo de Prefecto, actualmente? — inquirió Urdaneta.

—Don Pedro Jiménez, en carácter interino.

—Había oído decir que el nombrado era don José Vallarino.

—En efecto, pero no pudo encargarse porque José Domingo Espinar se abrogó el cargo. El Gobierno ha nombrado a Don Juan José Argote.

—¿Y Ud. qué piensa hacer?

—Lo honrado. ¡Reconocerlo y apoyarlo!

Urdaneta encendió un cigarrillo y se alejó hacia una de las ventanas. Regresó al cabo, lentamente, y tomando por el brazo a Alzuru, le dijo:

—Hablemos claro, mi Coronel. Ud. es un hombre de grandes destinos y de grandes recursos. Para su gloriosa carrera militar que ostenta entre otros triunfos el de haber vencido a un hombre de la talla de Espinar, el puesto secundario que se le tiene asignado no está en consonancia con su carácter militar y sus ambiciones. Ud. es un hombre de amplias perspectivas y en sus manos está la salvación del Istmo: Ud. no puede permitir que un jefe civil tenga las mismas atribuciones, los mismos derechos que Ud., cuando sobre sus hombros descansa la seguridad y la defensa del Gobierno.

Alzuru movió la cabeza.

—Ud., General, me propone lo que yo combatí y destruí con ese poder que ahora comparto con los civiles; Ud. me incita a volverme contra mi paso, contra mi conciencia, contra mi honra, que están sostenidos por la gratitud de un pueblo. Ud. me propone algo que va contra esa libertad que Ud. dijo defender en Ecuador. Ud. quiere, en fin, ¡que yo me transforme en dictador!

Urdaneta se llevó las manos a la cabeza. Bajó los ojos temiendo, si miraba a Alzuru, encontrar en los de él una sinceridad que merecía reciprocidad.

—Ud. está equivocado, Coronel — protestó —, o no ha comprendido bien mis palabras. Ante todo debe observar que está sosteniendo un Gobierno inconstitucional, porque el verdadero Prefecto es don José Vallarino, que Espinar depuso, y no Jiménez, pues éste es simplemente un asesor. Si como Ud. dice, con el derrocamiento de aquél el país volvió por los fueros constitucionales, deben reintegrarse en sus puestos a aquellos nombrados en propiedad. Vallarino fue uno de ellos.

—Ud. no ha tomado en cuenta a don Juan José Argote, General.

—Sí lo he tomado en cuenta, pero para apartarlo de la legalidad.

—¿Por qué?

—Porque ha sido nombrado por el Gobierno de Bogotá.

—¿Y acaso ese Gobierno es ilegítimo?

—¡Entonces usted debe renunciar, mi Coronel!

Alzuru comprendió que tenía ante sí a un hombre sagaz. Y se declaró vencido. Aún pretendió, sin embargo, ensayar una última defensa:

—¿Y si Vallarino no acepta? — dijo como implorando a un hombre que era su subalterno.

—Ud. tendrá que asumir también el poder civil y el pueblo verá que para evitar la anarquía, y en vista de la falta de apoyo que le niegan las autoridades mencionadas, Ud., sacrificando su tranquilidad y su vida misma, se ve obligado a hacerse cargo del puesto porque ante todo se trata de salvar a este suelo que Ud. ama tanto como aquel en que nació.

—Su plan es atrevido, General — exclamó entusiasmado Alzuru.

—No por eso deja de ser legal.

—Pero los soldados que tengo no bastan para sostener el golpe, y la oficialidad es deficiente.

—¿Olvida Ud. a sus paisanos?

—No, pero debo ser justiciero con los panameños.

—Ud. no les debe nada. Ellos le son deudores de su libertad.

—Eso no implica que tenga la facultad de quitársela.

—Ud. no se la quita. Se la mantiene y se la defiende.

—Mi delicadeza, General, me impide...

—Para mí sería un honor ayudarlo en su empresa — interrumpió Urdaneta.

—Gracias, muchas gracias, General — respondió Alzuru conmovido.

Hubo un silencio repentino. Alzuru alargó la mano que Urdaneta estrechó con calor. Lo acompañó luego hasta el corredor y allí le dijo al despedirse:

—Mañana me manda la lista de sus amigos.

La frase fue una promesa. Urdaneta lo comprendió en seguida. Cuando salió a la plaza, el tiempo había mejorado. Un sol canicular quemaba las calles desoladas y una leve brisa traía los rumores de la pleamar.

Todas las mañanas cuando Gabriela Ocampo regresaba de misa, entraba por la puertecita que daba al patio, y se desayunaba con un vaso de leche recién ordeñada que el viejo Goyo, el mayordomo de los sirvientes le ofrecía, mientras le brillaban las blancas hileras de dientes.

La casa de los Ocampos estaba a dos cuerdas de la Iglesia Mayor, cerca al convento de Santo Domingo. Era de una sola planta, con amplias arcadas y piso de baldosas. Sencilla en su exterior, sus estancias eran de un lujo tan exquisito que rivalizaban con las del Prefecto. El patio era muy extenso y daba a la calle trasera, facilitándose a veces su acceso por la puertecilla que tenía, y que fuera de Gabriela, sólo usaba la servidumbre.

La muchacha tenía apenas diecinueve años, pero como la muerte prematura de su madre le impuso la tarea de manejar el hogar, daba la sensación de una dama acostumbrada a las responsabilidades consiguientes.

Era alta, de talle grácil y movimientos rápidos. Sus facciones eran bellas, heredadas de su madre, y competía con su mejor amiga Ramona Urriola. De carácter sencillo y decidor, tenía a veces ímpetus desusados, que se manifestaban en la excelsitud de un amor o en la locura de una pena. Pero también tenía a ratos algo de melancolía que sus ojos grandes y expresivos no sabían ocultar. Educada en el Colegio de Monjas de la ciudad, tenía un talento maravilloso.

Su cuarto tenía una ventana amplia, por donde trepaba un rosal, y a la cual se acercaban los galanes en busca de la realización de sus esperanzas. Y a pesar de que su padre la instó a aceptar

uno de tantos adoradores, sobre todo al apuesto teniente de milicias don Gonzalo Hinestroza, ella los fue alejando con desdenes aunque estas crueles negativas las disfrazara con la vaga promesa de esas sonrisas que no definían nada...

En las tardes, cuando el sol declinaba y empezaba la gente a salir de paseo por las calles empedradas, Gabriela se asomaba a la ventana, distraída con la costura, o abandonada al dulce deliquio de sus pensamientos. Porque Gabriela guardaba en lo más íntimo de su corazón un secreto de amor que a nadie, ni a su fiel sirviente Goyo, había revelado. Y era quizá, porque el afortunado galán no se atrevía a calmar las cuitas de la gentil criolla. Era tan tímido y sus ausencias de la ciudad tan prolongadas, que sólo aspiraba a verla en el marco de la ventana, al paso rápido de su brioso corcel. Sin embargo, Gabriela no estaba tranquila; su padre seguía insistiendo en llamarle la atención de Gonzalo de Hinestroza, y sentía en su corazón la tormenta de pensar que Daniel Montenegro jamás sería aceptado por su condición de civil y su espíritu revolucionario.

Pero llegó el verano y las magnolias envolvieron en sus aromas al viento cálido y sutil. Y así también se abrieron los labios de Gabriela, una noche callada en que el mar olvidó el lamento de sus olas y ella confesó su amor a Daniel, ese amor que nació al calor de las ausencias y se mantuvo discreto para probar si era correspondido o si habría que llorarlo toda su vida. Y cuando sintió la mano de él sobre la suya, tembló todo su cuerpo de emoción porque veía al fin que su esperanza brillaba como las estrellas que alumbraban la inmensidad de la comba sideral.

—Gabriela, ¿me dirá ahora por qué ha tardado tanto en comprenderme?

Ella bajó los ojos ruborosa, y al cabo, con una voz tenue que apenas se oía, respondió:

—Tenía miedo, tenía mucho miedo de haberme engañado.

—¿Y hoy, está segura de mí? ¿No teme ya a su corazón?

—Ahora no.

Desde entonces lo quiso tan sencillamente como si lo hubiera estado esperando toda su existencia. Las veces que él podía venir y lo dejaban libre los asuntos de su hacienda, la acompañaba a la iglesia, a las excursiones por las murallas de la ciudad, aunque no con la frecuencia que ellos deseaban para no despertar sospechas en su padre.

Aunque don Octavio distinguía a Daniel con sentimientos de aprecio, Gabriela no sabía la causa que le inspiraba un temor de que él supiera algún día de ese amor que con tanto cuidado ocultaba. Ella tenía la certeza de que su padre se oponía. El presentimiento que cegaba la razón de ella, parecía hablar con más sensatez que lo que sus grandes ojos significaban.

¿Para qué, pues, descubrir su secreto si nadie llegaría a comprender la excelsitud de su alma?

Las veces que su padre la encontró con Daniel en el portal de la casa la obligaron a sobrellevar la violencia que escondía la natural cortesía para evitar un abismo entre esos hombres que tenían opinión diversa en cuanto al significado perfecto de las pasiones humanas.

¿Quién instituyó en el mundo el mandato sobre dos corazones que llegaron a beber en una misma fuente una ilusión inesperada?

¿Por qué nació en la humanidad la diferencia de criterios, la disconformidad en los espíritus que debían ser afines?

Ella era tan sencilla que se rebelaba ante la injusticia de su destino. Quería ser como el viento, como las aves, como las espumas del mar, llevadas sin rumbo en pos de lo infinito.

Y así descuidó las tareas prácticas del hogar para volar en alas de la quimera; para levantar castillos con sus esperanzas que florecían sobre su cariño eterno e inviolable.

¡Oh! ¡Cómo latía su corazón cuando él se acercaba en su brioso corcel! Había en sus gestos algo distinto a los del resto de los hombres. Ella misma no podía decir, si era su sonrisa, si era su voz, si eran sus ademanes sencillos.

Sus sentimientos crecían en la soledad de su alma como en las noches oscuras se agranda el fragor de las tormentas, y a veces trataba de buscar en el fondo de su ser una queja que la rebelara. Pero tenía que darse por vencida, ya que la diafanidad de él no le permitía ser injusta con aquella inspiración que se había tornado sagrada.

¿Por qué los otros hombres eran tan tontos que sólo hablaban de bailes, de reuniones sociales, de festejos del pueblo, del Ejército, de los negros esclavos, de la política? ¿No sabían acaso que todas esas cosas la disgustaban?

A veces surgían a su alrededor de niña adorada una serie de discusiones baladíes que ella tenía que acallarlas con impaciencia.

—Si siguen hablando de tonterías políticas los dejo. ¿O es que no tienen otro asunto que pensar? ¡Suficiente oigo a papá y a mi tío Agustín que se la pasan todo el día quitando y poniendo prefectos, armando y destruyendo ejércitos, fomentando revoluciones, organizando partidos, para que me vengan Uds. ahora a aburrir con esos temas!

¡Si pudiera decirles lo que pensaba de Daniel!

¡Qué distintas eran sus charlas, qué interesantes sus observaciones!

El le contaba de sus trabajos en la hacienda, de la cosecha del arroz que prometía ser este año muy abundante; de la nueva ala que había construido a la casa para dedicarla a dormitorios con sus ventanas amplias por donde entrarían las ramas florecidas de jazmines sembrados por él; de la línea de *corotúes* que bordeaban el sendero del río para darle grata sombra; de las incultas florestas que los peones estaban derribando para sembrarlas de pastos.

Gabriela sonreía con ternura, admirada de su fe contagiosa, enamorada de sus sueños que él tornaba rápidamente en realidad con su acento sugestivo como se forman las pirámides con las arenas del mar.

La política no le interesaba, y cuando alguna vez dejaba entrever una ligera alusión, se corregía como un estudiante para que ella no se entristeciera o para no vender sus ideas íntimas que a nadie había revelado.

Un día él le dijo, tímido, que tenía algo dentro de su pecho que sólo ella podía adivinar. El tiempo se encargaría más tarde de revelárselo, y si ella tenía confianza en su amor, cerraría su alma a toda sospecha ingrata con la seguridad de que él seguiría siéndole fiel. Gabriela se estremeció de miedo, bajo los ojos y se puso a jugar con un jazmín en los labios. Por un momento deseó la llegada de su padre en ese instante para concluir con la incertidumbre que le preocupaba. La calle estaba solitaria y en la oscuridad los techos de las casa semejabán fantasmas en filas misteriosas.

Cuando al fin llegó en su potro alazán que manejaba con singular maestría, ya Daniel se había

ido y ella soñaba despierta con el titilar de las estrellas.

—Bueno, hijita — le dijo acariciándole el rostro —, ¿estás esperando acaso alguna serenata?

—No, papá — respondió con infinita ternura —, tenía poco sueño y preferí esperar. — Y añadió con dulce reproche —: ¿Por qué demoró tanto?

—Me distraje en el Cabildo, ¿sabes? Estaban confeccionando la lista de los invitados al baile que dará próximamente el Prefecto Don Pedro Jiménez.

—¿Y me llevará a mí, papá? — inquirió Gabriela colgándosele del cuello como una niña mimada.

—Siempre que me prometas no destruir tanta esperanza de los mocitos que acudirán esa noche a rendirte pleitesía — respondió, rodeando con su brazo el talle de ella.

Y así entraron en el lujoso vestíbulo, alumbrado por una maravillosa araña que el viejo Goyo comenzaba a encender.

* * *

Octavio Ocampo era un hombre de unos cincuenta años, pero tenía el alma joven y el corazón despierto a amplios horizontes. Su rostro de pocas arrugas, y su cabello con unas cuantas canas que comenzaban a brillarle, le daban un aspecto vigoroso. Había llegado al Istmo, procedente de Colombia, cuando sólo tenía veinte años.

Como todos los muchachos de su época quiso poner en práctica sus sueños para hacer fortuna. Pero bien pronto tuvo que abandonar la levita estudiantil y la corbata de lazo ancho para trabajar como simple obrero.

En su tierra natal había dejado el hogar des-

hecho por la desventura. Sus padres murieron en el lapso de una semana víctimas de la fiebre amarilla y su hermana fue recogida por unos parientes lejanos, de quienes nunca más obtuvo detalles. El, más orgulloso, pagado de esa obstinación que no admite dádivas, ni cree en la piedad, gastó sus últimos reales en comprar pasaje en un barco que partía para Panamá, y desembarcó en sus playas con la única fortuna de un recuerdo triste y unos besos saturados de lágrimas que le irritaron.

El transporte de viajeros entre el Atlántico y el Pacífico estaba en su apogeo y Ocampo entró en una de las caravanas del servicio, como empleado, con un sueldo miserable. Tuvo entonces que acostumbrarse a ese nuevo género de vida y pasaba las noches de estación en estación, y de cantina en cantina, librando a la par de los mulatos que se ahogaban en el alcohol para evitar la fiebre amarilla, mascando tabaco y enamorando a las mujeres de vida airada. Sin embargo, en el fondo, era el mismo Ocampo que educó su padre; no olvidó sus conocimientos, y en los momentos de lucidez, se distinguía por sus modales caballerosos. Como sabía leer y escribir correctamente, lo buscaban para que redactara cartas comerciales y de amor. Con los ahorros que hizo, compró varias bestias, y él mismo organizó luego, una compañía de transportes. Por supuesto que bien pronto surgieron las rivalidades con su antiguo patrón, y Ocampo tuvo que acudir a la fuerza para defender su negocio. Una noche le mataron cuatro bestias y al día siguiente, él mismo comandaba el asalto de una caravana enemiga. Como pagaba mejor a los mulatos y cobraba más barato por el pasaje y la carga, a más de que había establecido estaciones de hospedaje propias en Cruces y en Gorgona,

llegó un momento en que se vio sin competidores peligrosos.

Se dedicó entonces a acrecentar su fortuna comprando artículos extranjeros a los transeúntes, que más tarde vendía a precios exorbitantes en Portobelo y Panamá. Cuando terminaba sus transacciones y se veía obligado a aceptar ciertas invitaciones del elemento selecto de la sociedad, tenía que olvidar sus modales rudos y adoptar un comportamiento a tono con las circunstancias.

Como era especulador ciego, arriesgaba grandes fortunas en negocios dudosos y su buena estrella le traía siempre rachas de dinero que recibía con una sonrisa peculiar de lástima por aquellos hombres menos hábiles que él.

Su fiel sirviente, Goyo, descendiente de la turba negra de Felipillo que sentó sus reales en la región de Bayano, lo cuidaba como a un hijo. Su devoción seguramente nacía de una vez en que el ex-esclavo era azotado por su amo, un avaro europeo que lo obligaba a trabajar sin descanso. En ese momento se presentó Ocampo para apostrofar al inhumano hombre.

—Si tanto lo defiende, ¿por qué no me lo compra? — le preguntó sarcástico.

—Se lo juego — contestó Ocampo, con esa seguridad de especulador que siempre ganaba.

—Va el negro contra cien pesos.

Allí mismo, ante los ojos asombrados de Goyo que no atinaba a comprender por qué dos blancos tiraban varias cartas y uno de ellos sacaba un saco de monedas, Ocampo ganó la apuesta. En seguida cogió al negro por el brazo y le dijo:

—Desde hoy eres libre. Si quieres trabajar conmigo, tienes que salir inmediatamente con una caravana de bestias para Cruces.

—No sabe la perla que se lleva — le dijo el

europeo rabioso —. Un día me maldecirá por su buena suerte.

Una hora más tarde, Goyo dirigía, por las selvas inhóspitas del Istmo, un convoy de bestias cargadas de mercancías. Supo entonces de las jornadas peligrosas a través de las junglas plagadas de mosquitos, de ríos torrentosos, de plantas venenosas, de bejucos traicioneros que se enroscaban en las piernas como tentáculos devoradores. Conoció la habilidad de vender mercancías inútiles a precios prohibitivos; de tomar hora tras hora garrafrones de vino y de ron adulterado sin embriagarse; de mascar breva y tabaco con tanto deleite como si se tratara de la esponja del coco; de pasar las noches, que en las montañas sin luna son tristes, en brazos de una mulata oliente a clavito de olor como la mulata Pancha.

¡Cómo deseaba Goyo la llegada a Cruces para arrimarse a la única tienda en donde se bailaba y se jugaba y se expendía licor, y lanzarse al ruedo del tamborito para bailarlo con tanto donaire como nadie lo podía hacer! La mulata tenía expertos tamborileros traídos del Chocó que golpeaban el cuero incansablemente porque era cuero como los suyos, tostado por el sol y las penurias.

En la noche oscura, trepidaba el tambor del tamborito. La mulata Pancha y el mulato Goyo lo bailaban para ellos, porque ambos se sentían orgullosos de tejer entre las mallas de sus habilidades sus corazones de un amor salvaje.

Pero una noche, como siempre hay celos, surgió impetuosa la disputa. Goyo no pudo evitar que alevosamente hirieran de muerte a la mulata, y aunque él se vengó del asesino, su aventura se vio de improviso truncada. Cuando regresó esa vez al lado de su amo, con una chiquilla en sus brazos, le dijo conmovido:

—Eto e lo único que me queda, don Octavio. Y vámono, vámono de aquí que la sombra de la difunta no me deja viví.

Ocampo también estaba cansado de esa vida, con su rosario de ron, único remedio contra las fiebres tropicales que desgajaban los seres como el viento las hojas de los árboles; de mujeres que le habían corrompido el alma; de riquezas ganadas en el juego en igual escala que en los negocios. De todos esos placeres había sacado en conclusión que la humanidad era una miseria que se humillaba ante el poder del dinero. Un día, sentado en un banco de «La Estrella del Istmo», un viejo español le propuso la venta de sus propiedades en la ciudad. La revolución americana había triunfado en toda América, y el acudalado hombre quería irse a la Península antes de que le confiscaran los bienes.

Ocampo cerró los ojos un momento. En la quietud de la tienda que ya había sido desocupada por la mayoría de los parroquianos, se le presentó de pronto la perspectiva de su existencia, creada entre individuos de mala ley, que había tenido que dominar con el látigo y el puñal, o comprar con el oro; entre humos de tabaco y hedor de aguardiente que lo sumía en la inconsciencia; entre mujeres que se prostituían para ofrecer sus caricias y sus cuerpos ajados por las malas noches y corrompidos por los vicios; y pensó que debía hacer un alto en el camino.

De un golpe vendió todas sus bestias y le compró las varias manzanas de casas y lotes que el español poseía en la ciudad. Se trajo a su lado al fiel Goyo, y se hizo construir en una de las calles más aristocráticas del lugar, una lujosísima mansión. Se dedicó entonces a frecuentar la sociedad, a usar vestidos de etiqueta, a relacionarse

con los jefes militares de la plaza, a discutir política y comentar asuntos de alto vuelo. Los años de duro bregar no le habían hecho olvidar los rasgos de su vida estudiantil. Sin embargo, como había aprendido mucho en su oficio anterior, sabía quiénes apreciaban su amistad y quiénes ansiaban su dinero. «La sociedad aristocrática — solía decir muy a menudo — es como la mujer pública que vende sus caricias al mejor postor». Y así fue creándose un círculo que si bien le lastimaban sus ironías, lo respetaban porque era fiel a la amistad y al honor.

Pronto notó que a pesar del tren de empleados que mantenía, era imposible que imperara el orden en su hogar. El viejo Goyo le dio pronta solución:

—Uté necesita casarse, mi amo. Uté ta ya muy cansao de trabajá y una buena esposa lo ayudará mucho.

Ocampo comprendió una vez más que el fiel Goyo lo sacaba de apuros. Y así como examinaba bestias cuando se dedicaba al negocio de transportes, y después estudiaba la clase de materiales de que estaban construidas las casas antes de comprarlas, así pasó revista a las distinguidas matronas de la aristocracia istmeña. No hubiera querido ser como el viejo Vallarino, que se casó con la institutriz de sus hijos por el solo hecho de que era inglesa. Ni tampoco quería imitar al Dr. Diego González que se enamoró de una mujer que podía ser su hija, atraído por el dinero de su suegro. No; él no necesitaba de pergaminos fatuos ni era cazador de fortunas. Su esposa debía quererlo como si aún tuviera veinte años y llegar a ser en su hogar como un rayo de sol que alumbrara el cenit de su azorada existencia.

Entre los puntos estudiados por Ocampo, se le escapó uno que era el más grave: el social. El

era prácticamente un advenedizo que se había negado a definir su verdadera ascendencia. El dinero no era la única credencial que debía presentar. Se ignoraba en el seno de la sociedad istmeña de dónde procedía, quiénes eran sus padres. El oficio que le sirvió de escalón para hacerse rico, más que un orgullo era un baldón. Para obstaculizar más el proyecto, la dama que le llamaba la atención pertenecía a una de las más encumbradas familias del país. El mismo Chico Guerrero, a quien Ocampo acudió en demanda de consejo, lo desilusionó:

—Esa dama, don Octavio, no es para Ud. Sus padres aspiran a casarla con un príncipe de sangre azul. Su abuelo fue amigo de Bolívar y su abuela materna era inglesa. ¡Ya sabe usted los humos que se traen esos rubios!

—No importa —respondió tercamente Ocampo—. Yo tuve negocios con su padre. Nos estimamos mucho. Tú mismo eres testigo de las partidas de dominó que he celebrado a menudo con él.

—Una cosa es negocio y otra parentesco —decía Chico moviendo la cabeza—. Además, he oído decir que el viejo Tallaferro quiere casarla con un primo que le lleva más de treinta años y que pronto recibirá un título nobiliario de España.

—No sigas, Chico, que no voy a seguir tus consejos. Peores ratos he pasado y aventuras más difíciles he vencido.

Por eso, cuando un mes después se anunció el compromiso de Eugenia Tallaferro con Octavio Ocampo, la sociedad se estremeció de asombro.

Eugenia Tallaferro era la única mujer entre los cinco hijos que había tenido la madre de ella. Pero ellos fueron muriendo sucesivamente y ella quedó sola, para reinar en su hogar. Sus padres la tenían destinada en matrimonio a un futuro condesito de

España, cuyo único aporte eran sus títulos nobiliarios, y una salud gastada por los excesos de su vida noctámbula.

Cuando Ocampo la pidió, pensó que ella, aunque no lo amaba, sentía cierta estimación por él y cierto orgullo de ser solicitada por un hombre que se había ganado una sociedad hostil a costa de su trabajo. Eso no era suficiente para formar un hogar, pero al menos lo sentaría sobre sus bases más sólidas que las pretendidas por los Tallafierros.

Los padres de Eugenia pensaron dar a Ocampo una negativa inmediata, pero ella se opuso. Fue una noche terrible en que tuvo que luchar con la tenacidad de ellos de rechazar al «advenedizo comerciantes de bestias de carga», como lo titulaban. Se valió entonces de la amenaza de ingresar a un convento si no la dejaban en libertad de escoger.

Las amarguras de esas horas la envejecieron prematuramente y en sus ojos nunca más brilló el ardor de su vida. Una mañana, tomada la heroica resolución, hizo venir a su casa al rico pretendiente.

—He aceptado casarme con Ud., señor Ocampo — le dijo sencillamente.

Y fue noble para ocultar las lágrimas ante la admiración de todos, que la creían una mujer débil y sumisa.

Ocampo creyó que se había realizado un milagro. Pero el viejo Goyo, que era más ladino y más experimentado, sospechó la tragedia que se había operado en esa alma tan leal y tan poco comunicativa.

La ceremonia matrimonial se llevó a cabo en San Felipe Neri, en medio de la sencillez que ella misma había exigido. Y asimismo entró en la casa

fastuosa de los Ocampos, como desde entonces se le llamó a la mansión, no como la reina que esperaba la servidumbre y deseaba el esposo, sino como una simple ama de casa, que a pesar de su modestia tenía el porte gentil para gobernar con justicia y con amor.

Dos años más tarde nació Gabriela, y aunque el padre se desilusionó, el carácter de la chiquilla y sus continuas travesuras lo dominaron tanto que a los pocos años era esclavo de sus caprichos. Eugenia Tallafarro, además del cuidado de su hija, que jamás encomendó a los sirvientes por más fieles que ellos fuesen, se dedicó también a manejar los intereses del esposo, un tanto descuidados porque Ocampo estaba ya vencido por los años, y el cansancio lo dominaba a menudo. Ella era una mujer noble y querida por cuantos llegaban a tratarla. Conducía la servidumbre con rectitud y sabía llevar el consuelo a aquellos que en los momentos desolados imploraban su caridad. Aquella alma que se independizó del hogar por huir de una imposición, pagó con sus infinitas bondades el amor del hombre que la ayudó a mitigar sus recuerdos amargos.

A su llegada a la casa de Ocampo, ordenó la vida doméstica, impuso disciplina entre los sirvientes, embelleció las estancias, arregló los jardines, y aún le quedaba tiempo para mimar a Gabriela, y leerle a su esposo en las noches en que él se sentía cansado, las páginas brillantes de la romántica historia americana. Como había sido educada en un ambiente de selección, quiso que su hija siguiera el mismo sendero en donde ella había aprendido a amar el trabajo sin ser tosca, a ser inteligente sin ser orgullosa, a ser bella sin caer en la presunción, y ante todo a mantener su femineidad.

Pero no pudo evtiar la influencia del padre que en las horas libres la secuestraba en su caballo y la llevaba a recorrer los campos yermos cercanos al Ancón o a las playas del Granillo en busca de conchas y crustáceos. Y llegó a tanto su audacia, que desafiaba la furia de las olas en frágil chalupa que aprendió a dirigir con la pericia de los lobos de mar. De todas estas excursiones regresaban ambos al caer de la tarde y aunque Eugenia no protestaba, Ocampo conocía en su frente surcada de arrugas el disgusto que le causaba. Ella entonces llamaba a Gabriela y la regañaba dulcemente, porque la muchacha la desarmaba con su gesto de humildad y su mirada triste.

—Debes dedicar más tiempo al hogar, hijita. El contacto con la gente del mar te perjudicaría. Tú sabes que en el mundo las cosas están divididas por Dios, entre los varones y las mujeres.

Y el viejo Goyo, que a veces se erigía en juez, continuaba el sermón con el beneplácito de Eugenia:

—Sí, mi niña Gabriela, uté debe obedecé a su mare, que por algo le da consejo. ¿Le gutaría a uté ve a su pare, remendando pantalone y a su mare sentá en un escritorio?

Todas esas enseñanzas, todos esos consejos bondadosamente expresados por su madre, hicieron de ella una mujer dulce y gentil, para resolver problemas de orden doméstico, y diplomática para llevar a la concordia las querellas internas. Una mirada de Gabriela bastaba para significar un mandato; un gesto de su mano transparente y fina era suficiente para rendir las más insanas rebeldías.

Así, cuando Eugenia murió de un ataque repentino al corazón, su hija pudo, a los quince años,

manejar la casa y los intereses de su padre con la misma eficiencia con que lo había hecho su madre.

Su recuerdo fue desde entonces su inspiración. Su imagen parecía aletear constantemente en las estancias como el ángel de la guarda que le enseñaba a seguir siendo justa, cariñosa y noble.

Su afán fue siempre imitarla. Para ello tuvo que abandonar las travesuras en compañía de su padre. Ya los arbustos de magnolia que ella había ayudado a plantar a su madre estaban floreciendo por primera vez, y su perfume parecía abrirle su alma a los goces de una quimera.

Aquella noche quiso descubrir el secreto de su corazón a su padre. Así podría ir al baile sin las aprensiones que la mortificaban. Pero él se sentía tan cansado que se retiró pronto a su recámara.

Cuando ella se refugió en su cama, cerró los ojos y empezó a rezar en voz baja, con un leve murmullo:

—Padre nuestro que estás en los cielos...

La oración le llenó el alma de gratos resplandores. Una serenidad le invadía todo su ser, como siempre que se ponía a rezar. El recuerdo de su madre la envolvía en un dulce bienestar y le parecía que desde el cielo ella le enviaba sus bendiciones para que nunca conociera la amargura de las lágrimas.

Cuando se durmió, bien entrada la noche, la luna llenaba de luz los tejados de las casas silenciosas y el mar comenzaba a entonar el rumor de su oleaje.

* * *

Desde su cuarto, mientras la negrita Sebastiana la ayudaba a vestir, Gabriela oía las voces de su padre y algunos amigos en el portal, entre los

que se contaban su tío don Agustín Tallaferro, el Dr. Blas Arosemena y el padre de su íntima amiga Urriola.

Sobre la ancha cama de caoba, decorada con festones de color de rosa pálido, había extendido su lindo vestido de tafetán celeste, con un lazo azul que le caía de la cintura.

¿Cómo la hallaría Daniel? ¿Sería lo suficientemente bella para llenarlo de orgullo? ¿O estaría muy pronunciado el escote para causarle disgusto?

Hubiera deseado ponerse el de *marrocaín* de amplios pliegues en la falda, pero ya una vez lo había llevado a un baile en casa del Dr. González y sus amigas seguramente no lo habrían olvidado. Gabriela era una mujer muy exclusivista en sus prendas de vestir, y sin embargo, cuando surgían problemas de difícil solución como el presente, vendía ingenuamente a la pícara Sebastiana.

—¿Qué traje te gusta que lleve esta noche, Chamita?

—Ese de coló celeste — había indicado al punto la mulata.

Y ella, que esperaba sólo una voz para decidirse, lo había sacado de su baúl oliente a maderas del bosque y lo extendió sobre la cama. Comenzó luego a vestirse mientras la chiquilla tomó con cuidado la amplia falda para que no se arrastrara y le arregló con singular gracia el lazo. Estaba tan admirada la multa que no se cansaba de alabar la belleza de la amita.

—No vociferes tanto y apúrate. Ya papá debe estar mostrándose impaciente y no quiero ganarme un regaño por tu culpa.

—Todavía no se han ido loj señora, niña.

—Pero no tardarán en hacerlo. Tráeme los zapatos de raso negro. Ajústame bien la cintura.

Seca el cabello. Tráeme la esencia de rosas. ¿Le dijiste a Goyo que tuviera listo el coche?

Sebastiana iba y venía de un extremo a otro del cuarto tratando de cumplir las órdenes que le caían como lluvia, mientras Gabriela se reía, con esa risa encantadora que tanto sugestionaba, de la ligereza con que en medio de su natural azoramiento, procedía la criada.

—Eres un diablillo en dos pies, Chanita. Vamos, tráeme ahora el chal oscuro.

—No se olvide ponéselo cuando salga — indicó muy seria Sebastiana—. La noche ta muy fría y uté puede refriase.

Gabriela reconoció que Chanita se tomaba a veces cierta confianza que no debía aceptar. Pero la chiquilla era tan lista y tan dispuesta que ella le perdonaba esos deslices a condición de la lealtad que le profesaba.

Chanita había entrado al hogar de los Ocampos como nieta del viejo Goyo. El mismo no quería recordar ese pasaje de su vida que le traía un ingrato recuerdo de la brava Pancha, cuando se encendía el tamborito en las selvas oscuras del camino de Cruces.

La chiquilla se acostumbró tanto al cariño de Gabriela que en los primeros años se dejaba dormir en sus brazos al rumor de unos cantos demasiados sentimentales para que los comprendiese.

A menudo Goyo se tomaba la libertad de regañar a la chiquilla por la soltura con que se estaba acostumbrando a proceder, pero Gabriela se echaba a reír y seguía fomentando la indisciplina de la mulatita. Al contrario, la inducía a que hablase como si se tratara no de una sirvienta sino de una verdadera señorita, y a que discutiera con ella sobre temas que escandalizaban al fiel mayordomo.

Al principio, el viejo Ocampo quiso destruir esa intimidación pero tuvo que confesarse en derrota para no contrariar a su hija.

Chanita se levantaba con el canto de los gallos y barría el patio mientras Goyo acomodaba en la cocina la leña. Después se lavaba en el pozo y se peinaba porque la amita quería siempre que estuviera aseada; luego iba a despertarla para que fuese a misa, y a su regreso tomara un vaso de leche recién ordeñada. Ya ella había arreado las vacas dentro de un pequeño corral que Ocampo había mandado contruir en un rincón del ancho patio, y Goyo se encargaba de atar los terneros rebeldes a una pata de las madres para obtener el blanco y espumoso líquido.

Desde esa hora hasta el final del día Chanita se constituía en la sombra de su amita: la acompañaba a las visitas, la atendía en el almuerzo, la cuidaba mientras dormía la siesta, la ayudaba a repasar la ropa en el portal de atrás, y aun llegaba su viveza a disimular su presencia cuando llegaba Daniel. Pero esta vez no podía escapar a la represión de Gabriela, y tenía que retirarse, compugnada, a ayudar a Goyo que cuidaba de las plantas o a dar de comer a las gallinas.

La noche del baile, Chanita creyó que Gabriela la llevaría, como sucedía cuando se trataba de una misa mayor de domingo en la Catedral. Entonces, ella marchaba orgullosa a su lado con un almohadón de terciopelo para colocarlo en el reclinatorio. Pero ahora no había nada que sirviera de pretexto, porque tenía la seguridad de que en los bailes no había objeto alguno de arrodillarse. Atada a una esperanza de que su amita, condolidada de su soledad, no la mandara temprano a la cama sino que le ordenara arreglarse, esperó largas horas rondando por el cuarto.

Sólo cuando ella la llamó y le preguntó por cuál traje debía decidirse fue cuando se le cayeron las alas del corazón y comprendió que debía quedarse en casa.

Su amita era injusta, porque debía tomar en consideración que si no hubiera sido por ella, no escogería ese traje tan bello de tafetán color celeste. ¡Y pensar que la había despreciado!

Cuando Gabriela salió al portal, ya el coche estaba listo y los caballos piafaban de impaciencia. El viejo Goyo se enorgullecía de tan soberbio tronco, y con su levita negra se imaginaba haber alcanzado la gloria. Don Octavio esperaba a su hija con no disimulada satisfacción, después de haber despedido a las visitas.

—Está Ud. esta noche más bella que nunca, mi señorita —le dijo galantemente, besándola en la frente—. ¿Va acaso en busca del amor?

Ella sonrió con infinita dulzura, y le respondió:

—Mi papaíto lo leerá muy pronto en mis ojos.

—¿Sabes que Gonzalo va al baile?

—Qué mal lector es Ud., papá. ¿Quiere ahora que me arrepienta?

—Oh, no, hijita, pero pensé que su nombre te sería agradable al corazón.

Ella guardó silencio un rato mientras subían al cache, y después inquirió:

—¿Han invitado a muchos jóvenes?

—Los de siempre. Los hijos de Fábrega, Vallarino, Obaldía, Paredes, los hermanos Arces, el hijo de don Manuel María Ayala, Manuelito Lasso de la Vega, el sobrino del Dr. González, Luis Arosemene...

—¿Y Daniel Montenegro, no ha sido también invitado, papá?

Ocampo la miró profundamente, y tomando

con su mano derecha la barbilla de ella, le dijo:

—¿Con que esas tenemos guardadas? Ya había algunos rumores de Goyo en relación con ciertas visitas. ¿Tan serias se han puesto las cosas, y a mis espaldas?

Gabriela distrajo la mirada con pudor, mientras al rostro le afluía sangre.

—Vamos, no temas, hijita mía.

A pesar del tono afable en que su padre pronunció estas palabras, ella deseó estar lejos de él para abandonarse a la desesperación. Cuando sintió en su brazo la presión de la mano de él, y se vio libre la barbilla, respondió con voz desfallecida:

—No es nada serio todavía, papá... ¿A Ud. le disgusta?

—Daniel —respondió él midiendo las palabras— vive una vida diferente a la nuestra. Sepultado en su hacienda, dedicado a sus negocios de campo, se está criando en un ambiente hosco, sombrío. El continuo batallar con la naturaleza le tiene que afectar sus maneras.

—Pero Ud. no negará que pertenece a nuestra sociedad.

—No digo lo contrario.

—Es serio, trabajador, honrado.

—No lo niego.

—El campo no lo ha corrompido como a muchos otros —exclamó ella con vehemencia.

—Habla con calma, hijita, no te ofusques que no es para tanto. Yo no tengo nada contra él. Al contrario, Daniel tiene todas las cualidades que tú has mencionado y muchas más, pero yo también pienso en ti. ¿Te acostumbrarás a vivir entre cuatro paredes viendo perderse tus pupilas en sabanas inconmensurables, lejos de las voces amigas, del perfume de tus magnolias, de las misas

solemnes de Catedral, de las fiestas del Corpus, de los bailes del Cabildo? Yo que viví tantos años en contacto con esa naturaleza bravía sé las penalidades de una existencia en donde se conversa con los murmullos del viento, con los gritos de las aves, con el peligro de las fieras, y me da pena el sólo pensar que tú tengas que arrostrar ese sendero por el simple hecho de amar a un hombre.

Gabriela no contestó. Un dolor inmenso la invadía toda, negándole la noción de la realidad, ahogándole los deseos de responder con el corazón. Sentía sobre sí la mirada escrutadora de su padre, la presión de su mano entre las suyas, el rodar del coche sobre las piedras desiguales de

en uno de nuestros portales jugando a la brisca y saboreando una «mistela».

—Cuando viene a la ciudad frecuenta la tienda de Rudecinda, asiste a las sesiones del Cabildo, y si es domingo, va a la misa del padre Gracián...

—Porque sus llegadas son ocasionales y sus nexos comerciales con la sociedad le obligan a frecuentarla. Para él esos goces no son más que oasis en su existencia nómada.

Las palabras de Ocampo continuaban hiriendo su corazón. Ella era dable a desilusionarse rápidamente, pero de súbito surgió una ola de disconformidad que la rebeló. Y le entraron violentos deseos de destrozar allí mismo su vistoso traje celeste, de regresar a casa, de arrancar las flores, de maltratar a Chanita, de arrojarle en la cama y ponerse a llorar hasta que se le secasen los ojos.

Sin embargo, no hizo nada de lo que había pensado, y ella misma se extrañó cuando con una humildad que inspiraba lástima arguyó:

—Ud. vivía en el campo antes de casarse con mamá, y fueron muy felices.

—Esos eran otros tiempos, hija mía. Entonces las muchachas pertenecían exclusivamente al hogar y si yo hubiera dispuesto irme al campo, estoy seguro de que ella me hubiese seguido.

—¿Y entonces, por qué no me educaron como a ella? Ahora Ud. no encontraría obstáculo para que me casara con Daniel, para que lo siguiera aún a los montes más lejanos y más tristes. Nuestro amor sería sol que alumbraría los más ignotos páramos.

—Alza el rostro, Gabriela, y sé razonable. Comprende que no te conviene un esposo como Daniel. Es una vaga promesa de dicha, una incógnita en tu porvenir que merece ser brillante por tu belleza, por tus virtudes, por tu posición económica

que yo te he labrado con muchos años de trabajo.

—Todas esas cosas que Ud. menciona, papá, son de una felicidad pasajera. El amor no vive de ellas.

—Tú eres muy niña, estás ilusionada y por eso hablas así. Si tu madre estuviese viva, estoy seguro de que me daría la razón. No creas ahora que te estoy buscando marido. El día que salgas de casa me voy a volver loco entre tanta soledad, pero creo que a ti te conviene un hombre como Gonzalo Hinestroza. Es un muchacho de nuestra sociedad, de un brillantísimo porvenir en la carrera que ha escogido. Hasta me han dicho que el Coronel Alzuru lo tiene en mucha estima...

—¡No quiero que me hable de él! —exclamó repentinamente Gabriela, fuera de sí—. Es un tipo pagado de su soberbia. Cuando va en los desfiles con su uniforme cree que todas las miradas son para él. Además lo odio ¿oye? ¡Lo odio con todo y sus venias eternas que me desesperan!

Ocampo quiso irritarse ante el cambio brusco de su hija, pero vio en sus ojos las primeras lágrimas y se desarmó.

—Al diablo los consejos y las amonestaciones, hijita —le dijo acariciándole los cabellos—. Después de todo eres tú y no yo quien se va a casar. Eres muy joven aún para pensar en esas cosas, y cuando te llegue la hora hazlo con quien te plazca. Lo único que te pido es que se quieran y se comprendan como tu madre y yo. Y ahora guarda esas lágrimas y vuelve a ser bella para que hagas rabiar de envidia tanta barbilinda que habrá en el baile.

Gabriela sonrió a través de la nube de tristeza que trataba de ocultar, porque en esos momentos el viejo Goyo detenía súbitamente el coche frente al portón de la Prefectura. Su padre saltó prime-

ro y le ofreció el brazo. Los muchachos que estaban en el vestíbulo se precipitaron a ella para saludarla y solicitarle la primera danza. Ella atendía a todos como distraída, porque buscaba a alguien con no disimulada ansiedad. ¡Qué angustiosa y emotiva es la espera del ser que se ama!

Mientras tanto iban llegando los invitados, unos a pie y otros en lujosas carrozas. La amplia escalera estaba con flores y tapizada con una alfombra roja. Grandes faroles daban al salón un aspecto radiante, y bajo su luz las charreteras de los militares y las prendas de las damas brillaban con fulgores divinos. De las paredes colgaban infinidad de bujías. El Prefecto Don Pedro Jiménez y su esposa recibían a los concurrentes en la meseta. Después de cambiar algunas frases banales, volvían a su puesto.

Momentos después de la llegada de Ocampo y su hija, apareció el Coronel Alzuru acompañado por el General Luis Urdaneta y el Teniente Gonzalo Hinestroza.

El Jefe Militar se acercó a saludar al rico hombre de negocios y a su bellísima hija. El General fue presentado por Alzuru y Gonzalo aprovechó la oportunidad para solicitar galantemente el primer vals. Gabriela sintió sobre sí las miradas de su padre como pidiéndole benevolencia para el desafortunado galán, y ella, que no hacía mucho tiempo lo había conquistado con sus lágrimas iba a ceder. Pero en ese instante entró alguien al salón que hizo acallar los murmullos. Sintió entonces una oleada que le conmovía el corazón y evadió el compromiso con una excusa pueril. Se sentía ya esclava del hombre que había abierto su alma a la quimera, y el General Urdaneta, que era sumamente perspicaz, lo comprendió en el instante en que a su lado dijo alguien:

—¡Montenegro! Es Daniel Montenegro.

Este la vio, feliz y confiada y se estremeció de amor y de dulces sentimientos.

—¿Me esperaba? —le dijo con hondo acento de ternura. Y ella le respondió con voz tan baja que él apenas la oyó:

—Si no hubiera sido así, ¿por qué vine entonces?

Daniel saludó luego a Ocampo y al Coronel Alzuru. Urdaneta y el Teniente Hinestroza se habían retirado y ocupaban un rincón desde donde se dominaba todo lo que sucedía en la sala.

La orquesta preludió un vals y las parejas invadieron pronto la amplia estancia. Había sin embargo en el ambiente algo que daba la sensación de frialdad. Se notaba una serie de caras nuevas, sobre todo en el elemento militar, que a pesar de mostrarse jóvenes eran rostros adustos y se sentían cohibidos entre las damas aristocráticas del Istmo. Se veía que se sentían confundidos, impacientes por romper el cerco de desconfianza que les atenazaba. Cuando lograban bailar lo hacían en silencio porque las damas les respondían con monosílabos y después se negaban a complacerlos.

Desde una esquina, el General Urdaneta notaba el aire de intranquilidad que reinaba y veía asombrado que la causa eran sus amigos, sus compañeros de armas que vinieron acompañándolo desde el Ecuador y que su compatriota el Coronel Alzuru había empleado en el Ejército en reemplazo de los panameños.

Sin embargo, la tirantez que reinaba en el ambiente se hizo menos violenta ante la llegada del Dr. Urriola, acompañado por su esposa y su hija Ramona. Inmediatamente un grupo de galanes la rodeó alentados por su sonrisa, pero ella no se fijaba con atención en ninguno. Su amabilidad

se extendía por igual a todos y no daba preferencia para no lastimar a los que se envanecían de su amistad.

Vestía Ramona un lindísimo traje de *marrocaín* verde caña, sencillo, sin adorno alguno. En el cuello resaltaba una cruz de brillantes, y escondida en su hermosa cabellera negra, asomaba tímida una gardenia.

Ramona Urriola era la mujer más linda del Istmo. Sus ojos eran de un indefinible color que parecía cambiar cuando significaban una promesa o una indecisión; en su rostro ostentaba la frescura de la aurora y al influjo de su voz se deshojaban los corazones para rendirle pleitesía. Estaba prometida oficialmente al rico comerciante don Antonio Escobar.

Cuando concluyó el vals, Daniel y Gabriela se acercaron a saludarla. La orquesta inició luego una cuadrilla y Gabriela no quiso bailarla. Prefirió descansar mientras su novio salía a bailar con Ramona.

El General Urdaneta, que permanecía aún alejado, se acercó entonces a la muchacha.

—¿Tendré yo mejor suerte que el Teniente Hínestroza al concederme el próximo vals, señorita Ocampo? — le preguntó.

—Oh, por Dios — respondió ella con pena —, Ud. creará, General, que lo desprecio, pero ha sido una casualidad ingrata que todos los tenga reservados. ¿No quiere que bailemos esta cuadrilla?

—Yo sólo deseo bailar vals, señorita — repuso él sonriendo.

—Es Ud. muy romántico, General.

—¿Participa Ud. de la idea infantil de que el vals es un preludio de amor?

—En lo absoluto — negó ella al instante.

—Lo dudo.

—¿Me cree Ud. amante del engaño?

—Al contrario. La considero demasiado ingenua.

—Debe tener alguna razón.

—Por supuesto... ¿Pecaré de intruso al preguntarle si los vales los bailará con una sola persona? — inquirió él audazmente.

—Eso no es intromisión, General — respondió ella al cabo de un rato —. Es curiosidad. Ya veo que los hombres, sobre todo los militares, adolecen de los defectos que nos adjudican a las mujeres.

Urdaneta sonrió ante la respuesta de Gabriela e insistió:

—Entonces... ¿me responderá afirmativamente?

—Como Ud. lo quiera interpretar, pero mía no ha sido la culpa.

—¿De quién, de su corazón?

—Esos secretos no se revelan, ¿sabe? Son secretos militares como los suyos, General.

Hablaba Gabriela con un tono pausado que mantenía a Urdaneta en un estado de interés continuo. A primera vista parecía que las palabras las pronunciaba como un autómeta, pero era que deseaba mantener el aplomo de la mujer sensata e instruida, que no quiere caer en la vanidad ni tampoco en la contradicción, y era también que sostenía la idea de que las dulces sensaciones del alma no eran lo suficientemente impetuosas para cegarla negándole la expresión serena del pensamiento.

—A veces pienso — dijo él pausadamente — que su corazón es un oasis en medio del desierto, en donde sólo calma la sed de la esperanza un afortunado viajero. A los demás los deja perecer en la desesperación y en la soledad. ¿Es Ud. egoísta? ¿O son así todas las istmeñas?

—No lo entiendo.

—Observe, señorita Ocampo, por ejemplo, a los oficiales venezolanos que no bailan porque nadie quiere concederles ese honor. ¿No se llama eso egoísmo?

—Hay también jóvenes de nuestra sociedad en ese mismo caso — respondió ella al momento.

—Porque ellos lo quieren. ¿No dice Ud. que son de su sociedad?

—No veo la razón, General, que lo tome Ud. de romántico en irónico.

—Perdone, señorita Ocampo, pero no quise ofenderla con esa pregunta. ¿Ud. me ha significado que los oficiales son unos extraños porque no pertenecen a la *élite* istmeña?

—Ha ido Ud. muy lejos en sus apreciaciones, General. Aquí se les ha recibido bien, se les ha brindado hospitalidad, se ha sacrificado a muchos de nuestros jóvenes oficiales que tenían un brillante porvenir en la carrera de las armas por darles la plaza a ellos, y si no se les rinde el homenaje que Ud. solicita es porque no se les conoce lo suficiente y nos lo impiden las costumbres ya irradicionales que rigen esta sociedad.

—Yo ignoraba que la existencia de la sangre azul en la sociedad panameña estaba reñida con la obligación de la cortesía — dijo Urdaneta tratando de ocultar su desagrado.

Pero Gabriela tenía un espíritu sagaz y comprendió el significado real de la expresión.

--Si Ud. se refiere a la sangre azul de los pergaminos, está en un error, General. La que aquí impera es la de la cultura, la de la instrucción, la de la honradez y el heroísmo. El gesto de nuestra sociedad de mostrarse reacia a dar acogida inmediata a los oficiales por el simple hecho de ser extranjeros, es natural y en nada perjudica a nues-

tra proverbial hospitalidad. Ud. debe comprender que a nosotros no nos ha agradado en absoluto la destitución de los oficiales panameños, y en alguna forma mostramos nuestro disgusto, eso sí, dentro del marco de la educación y del respeto que nosotros mismos nos debemos.

Gabriela estaba sorprendida de la forma en que hablaba. Nunca había previsto que alguna vez tendría que discutir ese tema de política nacional, y menos con un militar que por su experiencia estaba destinado a envolverla en sus argumentos y convencerla como a una chiquilla de escuela. Recordaba que cuando sus amigos comenzaban a tratarla de esos asuntos ella se encolerizaba y amenazaba con irse. ¡Y ahora estaba frente a una autoridad en la materia, defendiendo con brillantez una causa que antes odiaba tratar!

El General Urdaneta se apartó un momento de su lado y exclamó:

—¡Entonces aquí no existe la libertad! ¡El derecho a escoger lo mejor!

—Ud. me comprende mal, General. Aquí todos somos libres y odiamos la imposición. En este momento, quiere Ud. benévolamente obligarnos a darle cabida en nuestro seno a sus amigos militares, y si Ud. ama y practica la libertad como nosotros, debe también odiar la imposición.

Urdaneta volvió a sonreír ante las frases de Gabriela. En vano trataba de ocultar la admiración que le causaba su talento. Sin embargo, ensayó una nueva defensa.

—¿No serán sus ideas nacidas del ambiente hogareño en que se ha criado? Supongo que Ud. es la niña mimada de su casa. Estará acostumbrada a ser libre, a que se cumplan sus deseos, a que no se discutan sus órdenes, a hacer gala de sus caprichos...

—En suma, una dictadora, ¿no es así, General?
—interrumpió ella, con sarcasmo—. Entonces no tengo derecho a hablar de soberanía.

—Por eso no, porque a veces se necesita una dictadura para mantener la libertad de un pueblo.

—Su expresión es contradictoria, General. ¿Dictadura y libertad juntas?

—Los hechos futuros pueden desengañarla.

—Creo prematuros sus vaticinios, General. Pienso que en el Istmo no prosperan esa clase de dictaduras que Ud. defiende con tanto calor.

—Ud. no sabe, señorita Ocampo, cuánto me duele que piense así. Afortunadamente continuo con mi idea de que Ud. está influida por la vida de reina que lleva en su casa. Si los hombres dirigentes del país vivieran en esas mismas condiciones, entonces sí tendría motivo para temer por la defensa de esos ideales.

—Veo que a Ud. no le han impresionado mis palabras. Pero no está demás decirle, General, que ellos piensan y sienten como cualquier hombre libre del mundo.

—¿Aun los que están esclavizados por su corazón?

—¿Mi padre? —inquirió ella ingenuamente.

—¿Por qué me sigue negando que no es ajena al amor?

—Recuerde que no le negué la verdad. Mis sentimientos están por encima de las pasiones humanas cuando se trata de defender a mi patria.

—¿Sería Ud. capaz de sacrificar a su padre, a su novio, por esa patria que dice amar?

—En esos casos no importan los sacrificios. Yo estoy segura de que ellos ofrecerían gustosos su sangre, porque mi nombre quedara sin mancha.

Urdaneta hizo un gesto de asombro ante las frases vibrantes de Gabriela. La cuadrilla había

terminado y el General vio que Montenegro se dirigía con Ramona hacia ellos. Se levantó galantemente y le dijo:

—Señorita, el rato que he pasado con Ud. ha sido uno de los más gratos de mi vida. Ud. me ha hablado con el corazón, y yo tengo que corresponderle con la misma franqueza: es una lástima que algún día sus ideas sean destruidas por los hechos. Ellas son demasiado hermosas para que sean realidad en esta época. Las ambiciones, las venganzas, el orgullo, en fin, las más bajas pasiones no se pueden ahogar con palabras. Se necesita de una mano fuerte, llámese dictadura o tiranía, para que la vida de un pueblo sea próspera y segura.

Hizo una leve inclinación y se fue.

Cuando Daniel dejó a Ramona junto a sus padres, fue en busca de Gabriela y la llevó a la balconada. La atmósfera era fresca y agradable, y allí se sentían lejos de la curiosidad de los invitados. Gonzalo de Hinestroza, que en vano había tratado de acercarse a ella, se desesperaba ante el giro que tomaban las cosas. Era el militar apuesto y elegante, con largas patillas y bigote recortado con suma perfección. La cabellera en-crespada que peinaba con cierto abandono, le daba prestancia a la cabeza, y los ojos aguileños eran persistentes en la mirada. A primera vista era un caballero bien pagado de su cultura, pero en el fondo tenía la pasión que lo cegaba y podía empujarlo a ejecutar hechos innobles. Su uniforme de pantalón azul y chaqueta gris con brillantes charreteras sobre sus hombros y una banda roja cruzada sobre el pecho, hacía resaltar más su porte y gentileza.

Varias veces buscó con afán la mirada de Gabriela y le sonreía con excesiva timidez. Le dolía

pensar que ella pudiera pertenecer a otro, y estuvo a punto de mostrarse violento con quien sospechaba que era su rival. Pero Gabriela sabía sortear maravillosamente la situación, y así no dio a comprender a Daniel el temor que le causaba la presencia de Gonzalo.

—¡Bien, Gabriela! — le dijo Daniel cuando estuvieron solos, invadido por la emoción de sentirse amado —. ¿Se ha divertido Ud. bastante?

Ella movió la cabeza negativamente, porque quería significarle que sin él no podía ser feliz. El joven hacendado se atrevió entonces a tomarle una de sus manos entre las suyas.

—Estas son las manos más lindas que he encontrado en mi vida. ¡Cuánta caridad y cuánto cariño no habrán contribuido a formar con sus gestos! Si supiera la tristeza que me invade cuando estoy lejos de Ud. Gabriela. Ud. tal vez piense que cuando regrese a la hacienda esas palabras se las habrá llevado el viento...

—¡Oh, no, nunca, nunca!

—¿Y no tiene miedo, Gabriela, de que el destino me sea fatal, de que vengan malos tiempos y nos separen por muchos años?

—Daniel, ¿por qué me habla así? ¿No sabe que a su lado debo ser valiente para merecer su confianza?

El cerró los ojos, por temor de que lo delatara la aprensión que sentía. Pero tuvo que volver a abrirlos, porque ella prosiguió.

—Oh, Daniel, ¿por qué no seguimos adelante? Si su amor es eterno como el mío, Ud. no debe tener miedo de enfrentarse a la vida aunque le sea ingrata, porque yo lo seguiré hasta el final.

El se apenó de oírla hablar así.

—Perdóneme, Gabriela — le dijo —, perdóneme, pero yo no debo decirle cosas tristes, porque

está Ud. muy llena de ilusiones para que yo la haga sufrir. Yo no tengo derecho a atarla a una vida llena de lucha y sinsabores.

Ella lo miró sorprendida, tratando de abarcar en sus pupilas la explicación de sus temores.

—No, Daniel —le respondió con tranquilidad—, eso que Ud. dice no me desalienta. Yo sé que Ud. lleva una existencia dura por levantar su hacienda. ¿Acaso he olvidado que una vez me contó sus sueños de trabajo, sus proyectos de reforma? Pero en lugar de alejarme de su lado, me acerco más, debo unirme más a Ud. aunque estuviere engañada. No es que sea leal, es que me atrae esa misión tan hermosa que quiere para Ud. solo.

—Yo podría dejar la hacienda, Gabriela, si Ud. lo quisiera.

Ella volvió a mirarlo y descubrió en sus ojos un rayo de súplica, de abatimiento. Parecía haberse adelantado. Pero Gabriela fue noble, e insistió:

—Si Ud. hace eso, yo tendré la culpa, y entonces, me faltaría valor para volver a verlo.

La noche avanzaba y las parejas iban poco a poco retirándose. Daniel acompañó a Gabriela junto a su padre y se despidió. La ciudad conmenzaba a despertar al canto de los gallos.

Sobre los techos de teja de las casas dormidas, se dibujaba la sombra de las palmeras.

* * *

Después del desaire sufrido por los oficiales venezolanos en el baile del Prefecto, Alzuru se dio cuenta de la situación embarazosa en que lo había colocado Urdaneta. Como el Istmo pasaba una época de penurias debido a las continuas guerras

civiles y a las asonadas, el pago de los servicios públicos y del Ejército se hacía con irregularidad. Ello fue otro motivo de disgusto que se agregó a la ya larga serie sufrida por los militares. Había, pues, que proceder rápidamente para evitar que entre la tropa naciera la insubordinación y el General Urdaneta dispuso dirigirse a Alzuru en demanda de instrucciones. Cuando llegó al despacho, éste dictaba una carta a su Secretario Privado, el Dr. González.

Nadie osaba interrumpir al Coronel cuando arreglaba su correspondencia. Con la mano derecha sobre el mentón, en actitud de meditación, observaba el giro de la pluma que trazaba grandes rasgos sobre el papel. Alzuru era un hombre demasiado exigente y como su letra no era hermosa, requería de sus secretarios esa cualidad.

Cuando Urdaneta entró, levantó los ojos y saludó afectuosamente. Le brindó asiento a su lado y continuó dictando:

—¿En dónde hemos quedado? — preguntó al Secretario.

—«Los medios para el pago de salarios son insuficientes», Excelencia — respondió éste.

—¡Eso es!... Escriba: «y si no me facultan para arbitrar nuevos impuestos, me veré en la penosa necesidad de proceder de acuerdo con mi criterio para mantener la disciplina del Ejército».

Después de un rato preguntó:

—¿Terminó Ud.?

—Sí, Excelencia. Sólo falta la firma.

Alzuru tomó la pluma y puso su nombre con rasgos claros y grandes.

—Puede seguir arreglando la correspondencia en su oficina — le dijo a su Secretario. Y dirigiéndose a Urdaneta, agregó —: ¿Qué opinión le merece mi plan, General?

—Muy bien arreglado, Coronel. Todo está dispuesto para mañana.

—¿Después de la misa mayor?

—Supongo que en el mismo instante. Desde esa hora, don Pedro Jiménez dejará de ser Prefecto.

—¿Habló ya con el Arcediano Manuel José Calvo?

—Esta mañana estuve en su despacho. Por cierto que tuve necesidad de valerme en mi autoridad militar para que cediera.

—Bien me dijo el Teniente Hinestroza, que hasta el clero estaba de parte de los istmeños. Y el señor Vallarino, ¿ha aceptado el nombramiento?

—¿Qué otro camino le quedaba para escoger? Prefirió compartir conmigo la responsabilidad del Gobierno, a desafiar mi enojo y la imposición del Ejército.

—¿Las comunicaciones para el Gobierno Central, ya las tiene listas?

—El Teniente Hinestroza está a cargo de ellas.

—¿Se les ha dado aviso a los oficiales?

—Ud. se encargará de ello, mi General.

—Es Ud. un hombre precavido, Coronel. ¿Para qué hora está señalado el acto?

—Para las diez de la mañana en que llevaré a Vallarino a tomar posesión de la Prefectura. Después, se anunciará en la misa.

—Entonces estoy quitándole el tiempo, mi Coronel.

—Demasiado sabe Ud. que lo necesito ahora más que nunca.

—Gracias por el honor...

—El honor y la lógica debemos compartirlos por igual.

Urdaneta se llevó las manos a la cabeza y protestó:

—No, mi Coronel. Yo soy un subalterno suyo...

¡El Libertador del Istmo no puede estar en el mismo plano que el soldado Urdaneta!

Alzuru le alargó la mano que el General estrechó efusivamente. Cuando éste se retiró haciendo resonar en el piso los golpes acompasados de sus brillantes espuelas, el futuro Dictador se sonrió lleno de orgullo y de satisfacción.

—Mañana — se dijo — mi nombre entrará en el templo de la inmortalidad.

* * *

El alba del 22 de junio de 1831 fue triste y desolada. El «veranito de San Juan» había sido poco duradero y las brisas del mar llenaban el ambiente de una frialdad que preludiaba la estación invernal.

Pero la sociedad istmeña olvidó el mal tiempo para concurrir a la Iglesia Mayor, porque se trataba de una costumbre de la cual la aristocracia se sentía orgullosa.

El viejo Goyo madrugó ese día más de lo común para preparar el coche, y aunque Gabriela prefería ir a misa a pie, no podía evitar la vanidad de su padre que se sentía feliz de su carroza brillante y nítida como un espejo, y tirada por dos hermosos caballos de las haciendas de Bernardino. El fiel mayordomo, en ocasión de estos actos que él deseaba ardientemente, sacaba de su baúl oliente a mastranzo la vieja levita que Sebastiana olvidaba siempre poner al sol. Cuando todo estaba listo, se iba con toda ceremonia a anunciarse ante el amo. Una vez satisfecho ese gesto de cortesía que Don Octavio contestaba con una sonrisa, el viejo Goyo marchaba hacia el coche, abría la portezuela para que Ocampo y su hija entraran, la cerraba después con estrépito porque la vecindad

debía darse cuenta de que se trataba de la carroza más llamativa y hermosa de la ciudad, y ya en el pescante, lanzaba el tronco de animales calle abajo, dejando a su paso una nube de polvo.

Cuando los Ocampos llegaron a la Iglesia, casi todas las bancas estaban ocupadas; pero ellos tenían una reservada de antemano, dos filas detrás de las que ocupaban las autoridades administrativas y militares.

Al subir la escalinata del atrio, unos ojos buscaban a Gabriela con afán. Pero ella iba distraída y Chanita, que había marchado delante con el almohadón del reclinatorio guiñó el ojo con picardía y le dijo en voz baja:

—¿A que no sabe quién la estaba mirando?

A Gabriela le saltó el corazón de alegría porque pensó en Daniel, a quien tenía muchos días de no ver. El le había dicho que en la hacienda lo necesitaban con urgencia y no quiso esclavizar su tiempo como ya lo había hecho con su alma. Además en la noche del baile había notado que él.

—Es el capitán Don Gonzalo, mi niña — añadió mostrando la hilera de sus dientes blancos y pequeños —. ¿Se creía que era el niño Danié?

—Te he dicho que no quiero saber nada. Anda a la pila de agua bendita y persígnate.

El amor sin barreras que sentía Hinestroza por Gabriela crecía a medida que ella se mostraba más esquiva. Pero el corazón del militar era como esas piras que cuanto más leños les arrojan, más iracundas se vuelven.

A ella le mortificaba esa insistencia del apuesto militar y le dolía tener que aparentar indiferencia a toda ilusión porque no quería atar a Daniel tan pronto a su vida o herir su modestia de hombre

pitalarias del Istmo perseguidos por la justicia ecuatoriana.

El coro de voces acompañado por el órgano invadió el aire de místico recogimiento. Y la devoción que llenó de fe las almas de los fieles fue un bálsamo consolador de las penas y desasosiegos que vislumbraban con justa aprensión.

Terminada la misa, Gabriela, dándole el brazo a su padre que sufría horriblemente cuando se hincaba, porque comenzaba a sentir reumatismo, salió de las primeras y se detuvo en el atrio a saludar a sus amistades que comenzaron a rodearla. Ramona Urriola se acercó acompañada por su padre Don Pedro de Urriola y su madre Doña Antonia de Obarrio, y abrazándola efusivamente le dijo al oído:

—¡Qué feliz eres, Gabriela! Aquí estoy sin galán que me haga la corte y tú en cambio tienes hasta sustituto.

—¿Sustituto? —respondió ella sonriente—. ¿A quién te refieres?

—Te está devorando con los ojos y tú le demuestras despegó. ¡No seas cruel, mujer, y alienta sus esperanzas!

—Ah... ya comprendo, picarona. ¿Te refieres a Gonzalo? —exclamó con gracioso mohín, mientras se quitaba la mantilla y la doblaba cuidadosamente—. Recuerda que sólo hay un sol en mi alma.

—Pero ese sol se oculta de noche.

—Y me deja de recuerdo las estrellas.

—Estás muy romántica, Gabriela. ¿El amor te ha puesto así?

—Tú que también lo sientes, ¿no te ilusionas como yo?

—No siempre —respondió Ramona con un dejo de cansancio en la voz—. Parece que mi

alma es a veces insaciable y no se conforma con una ilusión que es pasajera.

Gabriela miró sorprendida a su amiga y quiso inquirir la causa que la abatía, pero en ese instante llegó Don Octavio, que se había separado para charlas con el doctor Blas Arosemena y Don Agustín Tallaferro. La carroza ya estaba lista pero tuvieron que esperar el paso del nuevo Prefecto, del Coronel Alzuru y de su séquito militar entre el que figuraban el General Luis Urdaneta y el Teniente Hinestroza.

Cuando partieron dejando una nube de polvo —al viejo Goyo le encantaba causar asombro a los transeúntes con su pericia consumada—, Gabriela parecía sentir todavía el peso de los ojos del despedido militar.

* * *

Después del almuerzo, Don Octavio se refugiaba en un rincón del jardín, bajo un coposo *árbol de pan*, y allí dormía la siesta en una hamaca que le había regalado Chico Guerrero con motivo de su cumpleaños. Reinaba en la atmósfera un silencio que convidaba a los recuerdos. Hasta las aves del corral que picaban la hierba en un cerco que el viejo Goyo les había construido se echaban para recibir la frescura de la tierra.

A las tres de la tarde, Gabriela despertaba a su padre para que bebiese caldo de caña, costumbre que adquirió cuando poseía el negocio de transporte, y a la cual se apegó tanto que la convirtió en una necesidad.

Pero esa vez, ella no se vio obligada a interrumpirle el sueño porque él hacía rato que se había levantado, y apoyado en el brocal del pozo,

se entretenía en ver el reflejo de los *cundeamores* en la superficie del agua.

Se veía que estaba preocupado y Gabriela que había heredado de su madre ese espíritu sagaz que le hacía comprender las cosas antes de que se las dijeran, lo notó al momento.

—Papá, ¿quería decirme algo?

Don Octavio miró un instante alrededor y constató que estaban solos. Tomó la barba de su hija con la mano derecha, escrutando en el fondo de sus ojos un rayo de confianza, y le dijo:

—Gabriela, hija mía, estamos viviendo horas de desasosiego.

—Ya lo esperaba, papá.

—¿Por qué? ¿Te dijo algo el General Urdaneta la noche del baile?

—El me habló en términos muy vagos, en relación con la actitud que habían tomado los istmeños y agregó que no me asombrara de ciertos sucesos que se realizarían muy pronto.

—¿Y tú no pensaste, hija, que deseaba contar con la aprobación de esa sociedad que le cerró sus puertas desde el día en que llegó del Ecuador? ¿Ignoras que lo sucedido ayer en la iglesia es apenas el comienzo de una dictadura mil veces más grave que la de Espinar? ¿Que el Ejército está en manos de la oficialidad extranjera y que cualquier conato de rebelión será castigado con la muerte? ¿Que todos los istmeños que tenemos alguna representación social estamos estrechamente vigilados como si se tratara de unos criminales?

Gabriela no pudo disimular su desesperación, y tomando entre sus manos la solapa de la levita negra de su padre le inquirió:

—¿Cómo sabe Ud. eso, papá? ¿Se lo dijo el doctor Arosemena?